

El ojo de la aguja

¿De qué hablamos cuando hablamos de microhistoria?

*Justo Serna
Anaclet Pons*

«Todos los días tienen su historia, un solo minuto daría para contar durante años, el mínimo gesto, el desbroce minucioso de una palabra, de una sílaba, de un sonido, por no hablar ya de los pensamientos, que es cosa de nunca acabar pensar en lo que se piensa, o se pensó, o se está pensando, y qué pensamiento es ése que piensa el otro pensamiento, no acabaríamos nunca.»

José SARAMAGO, *Alzado del suelo*

«-¡Al fin!, hemos dado con un indicio -dijo Valentín, blandiendo el bastón-o Aquella vidriera rota... -¿Qué vidriera? ¿Qué indicio? -preguntó el inspector-. ¿Qué prueba tenemos para suponer que eso sea obra de ellos?

Valentín casi rompió su bambú de rabia.

-¿Pues no pide prueba este hombre, Dios mío? -exclamó--. Claro que hay veinte probabilidades contra una. Pero, ¿qué otra cosa podemos hacer? ¿No ve usted que estamos en el caso de seguir la más nimia sospecha, o de renunciar e irnos a casa a dormir tranquilamente?»

G. K. CHESTERTON, *El candor del Padre Brown*

1. Uno de los hechos más sorprendentes de la reflexión historiográfica española es el tratamiento dado a la microhistoria. En efecto, si repasáramos algunos de los textos historiográficos más conocidos

producidos en nuestro país durante la última década veríamos cómo se comparte un silencio, de entrada, incomprensible en torno a esta corriente. Las obras de Josep Fontana (1982), Pelai Pagés (1985), Santos Juliá (1989) y Tulián Casanova (1991) no contienen ni una sola página que haga referencia a lo que aquella significa. O por considerarse poco relevante o, como confesaba Juliá, «por razones lingüísticas», lo cierto es que la microhistoria (italiana, particularmente) no ha merecido atención alguna en las obras mayores de la historiografía española ¹.

Tal vez, el silencio se deba sin más al retraso con el que se ha dado cobijo a una corriente que era, en los propios años ochenta, cuando alcanzaba resonancia internacional. Si esto es así, la sorpresa que suscita este tratamiento se incrementa aún más precisamente cuando se acusa recibo de las últimas novedades llegadas de Italia. Dos hechos lo prueban. Por un lado, algunos historiadores han venido insistiendo en la escasa calidad de la producción local en comparación con los resultados obtenidos, por ejemplo, por la microhistoria en el país cisalpino ². Por otro, el último libro de Josep Fontana contiene una requisitoria, tan dura como breve, contra lo que esta corriente significa. Esta última referencia tiene mayor enjundia que las anteriores por la difusión que adquiere el texto y porque, por primera vez, algún historiógrafo español se decide a describir, aunque

¹ Los libros a los que nos referimos son: FONTANA, J., *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, 1982; PAGÉS, P., *Introducción a la historia: epistemología, teoría y problemas de método en los estudios históricos*, Barcelona, 1985; JULIÁ S., *Historia social/Sociología histórica*, Siglo XXI, Madrid, 1989; CASANOVA, J., *La historia social y los historiadores*, Barcelona, 1991.

Fuera de estos textos, ha habido excepciones notables en lo que a la difusión de la microhistoria se refiere: coloquios como el celebrado en Valencia en noviembre de 1988 u otros organizados por la revista *L'Avenc*, que ha sido la que más se ha ocupado del tema. Más recientemente, la microhistoria ha comenzado a gozar de crédito notable, sobre todo a partir de la publicación de una colección tan interesante como discutible como es la denominada «Microhistoria».

² Entre las diversas declaraciones efectuadas al respecto, destaca, por ejemplo, la que realizara RICARDO GARCÍA CÁRCCEL, en unos términos durísimos: «la historia local que se ha hecho en España no tiene nada que ver con la microhistoria a la italiana, ni con el ejercicio inductivo que toda investigación histórica a la anglosajona presupone: ha sido mero caldo de cultivo del chovinismo parroquial o de estériles erudiciones de dilettantes curiosos» (*El País*, «Babelia», 3 de julio de 1993). En una orientación similar se expresaba también recientemente SANTOS JULIÁ al reivindicar desde las páginas del mismo periódico la obra microhistórica de, por ejemplo, Natalie Zemon Davis, la cual, a su entender, podía aportar guías y nuevos caminos a la investigación española. Sin embargo, nuestra historiografía se hallaría, por desdén o por desinterés, ante «un abismo insalvable, una frontera que (quizá) no sabremos franquear» (*El País*, «Babelia», 19 de junio de 1993).

sea en dos párrafos, qué es la microhistoria. Según Fontana, sus características son las siguientes: es «una forma peculiar d'història narrativa», próxima a la historia de las mentalidades, y desarrollada «sobretot a Itàlia», desde *Quaderni Storici*, teniendo a Carlo Ginzburg como «un dels representants més caracteritzats»; ese relato microhistórico produce textos que, en ocasiones, «no passen d'anecdotes», u otros que «exploren casos individuals», ubicados en un contexto, con el fin de «discutir-ne la pretesa universalitat de les regles amb que se'ls interpreta habitualment»; en fin, los esfuerzos teóricos de los microhistoriadores, que, a juicio de Fontana, sólo conducen a replanteamientos del método detectivesco, acaban cometiendo el abuso de incorporar autores como Thompson a empresas como ésta a la que es totalmente ajeno el autor británico³.

Ante todo, las alusiones que acabamos de reproducir lo que pueden provocar en el lector es cierta perplejidad. Por un lado, la microhistoria italiana se presenta como un paradigma de referencia positivo, casi el único –se nos dice– que ha sabido sortear la crisis de la disciplina histórica. Al menos, eso afirman algunos de los que hasta hace bien poco nada nos decían de aquélla en sus libros. Por otro, se la condena sin paliativos, dado que, según se señala, no ofrece nada relevante fuera de anécdotas o casos excepcionales, lo que, a la postre, daría como resultado una historia indiferente. Sin embargo, ni unos ni otros definen con rigor qué es realmente la microhistoria y qué es lo que puede aportar de significativo a la construcción del discurso histórico, más allá de alguna alusión a Carlo Ginzburg y su famoso molinero o a Davis y su recuperado Martin Guerre. En ese sentido, descalificaciones radicales o alabanzas desmesuradas pierden fuste al no disponer de una referencia cierta de aquello sobre lo que se habla. Pues bien, nuestro propósito es intentar recuperar las reflexiones que los propios microhistoriadores han hecho acerca de esta corriente, de su propio trabajo y de las implicaciones teóricas que tiene.

³ FONTANA, J., *La història després de La Jí de La història*, Vic, 1992, pp. 17-18. Este libro, que es una nueva muestra del carácter corrosivo y del inagotable conocimiento bibliográfico del autor, contiene algo así como una guía para perplejos. Admitida la fragmentación sin límites de la investigación histórica, nuestro autor proporciona un mapa de las corrientes actuales para así evitar las recaídas en itinerarios peligrosos. Por eso no son extrañas ni las afirmaciones citadas en la nota anterior ni algunas de las frases admonitorias que FONTANA nos ofrece en su libro. Así, por ejemplo, nos dice: «Tampoc no hi ha perills (...) en la major part del treball de Hoger Chartier» (p. 95).

2. La primera impresión que el lector se puede llevar de la consulta de los manifiestos programáticos de los microhistoriadores italianos parece justificar la escasa precisión con la que se refieren a ella los autores españoles antes citados. Y ello a pesar del éxito internacional alcanzado. No contamos con ningún texto teórico-sistemático que defina con rigor el paradigma bajo el cual se han amparado investigaciones muy distintas y de desigual valor. Carecemos igualmente de obras de índole enciclopédica que reúnan el saber convencional de la nueva corriente. No contamos tampoco con ninguna publicación periódica que se reconozca como portavoz oficial o autorizado de los avances obtenidos o de los diferentes *works in progress*. No existe espacio institucional o académico que permita ser identificado como el recinto de la ortodoxia historiográfica. En definitiva, de lo enumerado parece inferirse que la suerte de la microhistoria italiana no ha seguido una trayectoria similar a la descrita regularmente para *Annales*. La hegemonía lograda por el círculo de historiadores reunidos en torno a esta última publicación ha sido fruto de la renovación del objeto, del método y del discurso históricos, pero *también* de una estrategia útil para una guerra de posiciones en el seno del ámbito académico francés, y de un canibalismo intelectual ejercido sobre las otras ciencias sociales. Además, la sutil adaptación de los «nuevos historiadores» franceses a la alta divulgación realizada a través de los *mass media* ha venido a consumir una operación de prestigio cuyos cimientos casi nadie discute. Estos mecanismos de absorción de poder, y otros que pudieran describirse, no los hallamos, al menos en el mismo grado, en el caso de la microhistoria. Parece, en efecto, como si su éxito internacional hubiera dependido de dos elementos inextricablemente unidos que, aunque también se dan en el seno de *Annales*, fueran aún más dirimientes en el caso de nuestros colegas cisalpinos.

Por un lado, quizá quepa atribuir una parte importante del reconocimiento internacional a un factor azaroso como es el de una cualidad personal. En concreto, alguno de los que se han llamado microhistoriadores son excelentes *escritores*, y sus obras son un prodigio de sabiduría narrativa. Nos referimos, por ejemplo, a Carlo Ginzburgo. Por otro, difundida la etiqueta -microhistoria-, los ávidos lectores de la nueva corriente han podido hallar un ámbito -aunque no institucional- en el que reconocer los avances e identificar a sus protagonistas. Hablamos del editor Einaudi y, en concreto, de su colección «Microstorie». Estos dos hechos no son, sin embargo, dos sucesos azarosos y que nada tengan que ver entre sí. Son, por el contrario, dos fenómenos que se presentan íntimamente relacionados

para quien conozca con algún detalle la evolución intelectual de la Italia de posguerra. La editorial, que -como se sabe- ha sido el baluarte cultural de la izquierda resistente y exquisita frente al fascismo, fue producto de la colaboración de Leone y Natalia Ginzburg, de Cesare Pavese e halo Calvino, entre otros, además de su principal inspirador: Giulio Einaudi. Eran aquéllos, como los ha descrito Calvino, años de mocedad, pero sobre todo eran años de resistencia política y de inquietud intelectual, universal, de amistades compartidas y de excitación literaria⁴. Pero, en conjunto, eran años de riesgo y de extrema crueldad: Leone Ginzburg, como nos recordaba Norberto Bobbio, moriría en la cárcel después de ser torturado, «sin concluir su obra, sin dejarnos un mensaje. Por eso no podemos resignarnos; ni perdonar», apostillaba. De todas las personas que rodearon a Einaudi en la guerra o en la inmediata posguerra, aquella que, a juicio del editor, más firmemente mantuvo la continuidad de dicha empresa cultural, aquella que *custodió* los valores de la casa, y se mostró siempre como su conciencia crítica, fue Natalia Ginzburg. En fin, en el transcurso de varias décadas, la editorial se ha renovado, ha incrementado sus colecciones, y ha incorporado a prestigiosas figuras del mundo cultural italiano reciente en calidad de asesores. Uno de los casos que Giulio Einaudi subraya de una manera explícita es precisamente el de Carlo Ginzburg, hijo de Leone y de Natalia⁵. En el seno de esta editorial, la historia, después de la larga atención prestada a la literatura, fue la que inauguró en los años sesenta la serie de las denominadas *grandes obras* de la casa: la *Storia d'Italia*, la *Enciclopedia*, etc. Pero fue también la historia la que, además, encontró su colección específica: «Microstorie», iniciada a principios de

⁴ Véase, por ejemplo, la descripción que del ambiente de Einaudi hace este escritor en su «Nota introductoria» a su propio libro *Los amores difíciles*, Barcelona, 1989, pp. 9-26. Una descripción más completa de todo el clima político-intelectual italiano de la época se contiene, por ejemplo, en BOBBIO, N., *Perfil ideológico del siglo XX en Italia*, México, 1989.

⁵ EINAUDI, G., *Fragmentos de memoria*, Valencia, 1990, pp. 57-58 y 93. El propio CARLO GINZBURG reconocía su posición privilegiada en relación con el clima cultural en el que se desenvolvía su familia, y, especialmente, con respecto a EINAUDI: «At the same time, I certainly have been privileged in my career as a result of being a member of that kind of family, privileged for different reasons, for social reasons -my family was connected to a lot of people—. I am not saying that Einaudi has published me simply because I was my father's and my mother's son, but I was in some way already a member of that group when I began. I was certainly closed to intellectual life than other people. And having been born in that family I had some intellectual privileges of which I became conscious later on. In some way I took them for granted for many years.» Véase LIHIA, K., y GANDOLFO, R., «Carlo Ginzburg: an Interview», *Radical History Review*, núm. 35, 1986, pp. 89-111, esp. p. 90.

la década de los ochenta y dirigida por Cario Ginzburg y Giovanni Levi, este último también emparentado con el anterior⁶).

¿Qué interés tiene este apunte informativo que vincula al autor de *I formaggi e i vermi* con la casa editorial en la que publica regularmente? Quizá este anecdotario de la trastienda de la microhistoria permita entender el hecho capital que ahora nos ocupa: ¿por qué se identifica, según el procedimiento de la sinécdoque, la microhistoria con Carlo Ginzburg? ¿Es razonable que esto sea así? ¿Es la microhistoria una forma especial de investigación definida principalmente por Ginzburg? Y en el caso de que esto sea así, ¿agota su definición la práctica microhistórica? La primera respuesta a estos interrogantes es toda una paradoja historiográfica: mientras la producción microhistórica se identifica internacionalmente, sobre todo en el ámbito anglosajón, con el modelo impuesto por Ginzburg —no por casualidad este último es catedrático en la UCLA—, en Italia, las primeras reflexiones sobre el proceder microanalítico en historia son anteriores a las obras mayores y más conocidas de aquél y, además, con una orientación que no es idéntica. Simplificando, podríamos decir que la versión más divulgada, o, al menos, aquella que mejor exportación ha tenido, es la que entiende como sinónimos *paradigma indiciario* y microhistoria y, por tanto, la que sigue el modelo de interpretación conjetural —basado en la inferencia abductiva de Pierce— implantado a partir de los vestigios dejados por el célebre molinero Menocchio. Como apuntaba recientemente Alberto Mario Banti, a partir de la publicación en 1979 de «*Spie. Radici di un paradigma indiziario*», «le acque si confondono, ed una nuova accezione di microstoria (la difundida por Carlos Ginzburg), non esattamente coincidente con la prima comincia a prender forma»⁷. Esto es algo sobre lo que no se han extendido suficientemente los propios microhistoriadores, sus exégetas o sus impugnadores; y, por tanto, el silencio que hay en torno al hiato más o menos profundo que se da entre ambas perspectivas microanalíticas ahonda más, si cabe, las confusiones o malentendidos que hay en torno a esta corriente, pues se atribuyen rasgos o características de una u otra acepción como si ese repertorio de propiedades fuera un patrimonio común. Con toda seguridad, un ejem-

⁶ Por ejemplo, «Il piccolo, il grande e il piccolo. Intervista a Giovanni Levi», *Meridiana*, núm. 10, 1990, pp. 211-2; H, esp. p. 213. También: BOBRÁS, M., «El difícil arte de complicar las cosas. Entrevista amb Giovanni Levi», *Melode*, núm. 3, 1993, pp. 30-35, esp. p. 35.

⁷ Véase a este respecto su excelente artículo: HANTI, A. M., «La storia sociale: un paradigma introvabile?», en CASSINA, C. (ed.), *La storiografia sull'Italia contemporanea*, Pisa, 1991, pp. 183-208, esp. p. 204.

plo de confusión al respecto ¹⁰ constituye precisamente la breve alusión derogatoria que Josep Fontana le dedica a la microhistoria en su última obra y que más arriba reproducíamos: algunas de las cualidades o «peligros» que nuestro autor encuentra son en algún caso atribuibles a Ginzburg y en otros a la versión menos conocida de la microhistoria. Tomemos otro ejemplo radicalmente distinto. Nos referimos a *Microhistory and The Lost Peoples of Europe*, publicado en 1991. Aunque la exégesis que se neva a cabo en este *reader* anglosajón sobre el tema es más respetuosa con la cronología histórica de esta corriente, lo cierto es que, al final, *también* se identifica la microhistoria *tout court* con la obra de Ginzburg ⁸.

Ensayemos, para intentar explicarlo, algo así como una historia de efectos condicionales, cuya certeza no estamos en disposición de probar, pero cuya verosimilitud es bastante convincente, al menos a nuestro juicio. Una razón, necesaria tal vez pero no suficiente, que podría ayudar a explicar este proceso de reducción de una corriente más compleja, variada y menos homogénea de ¹⁰ que se cree podría ser el *continuum* que por convención historiográfica se da entre Ginzburg-microhistoria-Einaudi-«Microstorie». Por analogía, aunque el ejemplo no sea el más afortunado, la reducción podría ser de una naturaleza similar a la que podría concebirse a partir de la secuencia Braudel-historia estructural-Sección VI de la *EPHE-Annales*. El lector perdonará esta simplificación, porque su uso sólo tiene fines didácticos: al igual que *Annales* o su segunda generación no se reducen a lo que algunos han llamado el paradigma braudeliano, tampoco la microhistoria se agota según la línea propuesta. Sin embargo, aquello que ha encontrado mayor resonancia fuera del país cisalpino ha sido justamente lo que puede ser identificado con Ginzburg-Einaudi

⁸ *el.*, en concreto, MUIR, E., «Introduction: Observing Trifles», en MUIR, E., y RUGGIERO, E., *Microhistory and the Lost Peoples of Europe*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1991, pp. VII-XXIII, en particular pp. IX-XI. Aunque se reconoce que la paternidad del enfoque microhistórico se debe a Edoardo Grendi, lo cierto es que MUIR nada nos dice acerca de su programa de investigación, pues finalmente admite que es GINZBURG; quien, antes de que el término microhistoria se acuñara, ya había anticipado sus técnicas desde los años sesenta. La aparición de su último libro (*Storia notturna*, Turín, 1989) y la publicación en inglés del volumen recopilatorio de sus textos breves (*Miti, emblemi, spie. Morfologia e storia*, Turín, 1986) han vuelto a confirmar la sospecha cierta acerca del atractivo que nuestro autor despierta en el ámbito anglosajón, como lo confirman las reseñas del propio MUIR (*Journal of Social History*, núm. 1, 1991, pp. 123-125), de DAVID HERLIHY (*The Journal of Interdisciplinary History*, núm. 3, 1991, pp. 501-502), de ANNE JACOBSON SCHUTTE (*The Journal of Modern History*, núm. 64, 1992, pp. 575-576) o de JOHN MARTIN (*Journal of Social History*, núm. 3, 1992, pp. 613-626).

(«Microstorie»). Probablemente, y en esta línea explicativa, esa reducción se deba, otra vez por analogía, a la secuencia *Il jormaggio*-«Spie», secuencia que, con las debidas salvedades, seguiría la misma lógica que la desarrollada por Braudel: *La Méditerranée*-«La longue durée». Es decir, publicación de una monografía histórica que, como consecuencia de su condición «revolucionaria» -en aceptación metafóricamente kuhniiana-, produciría un impacto tal que, a su vez, provocaría una operación de sinécdoque o de imitación entre los epígonos a falta de un texto sistemático o normativo que regulase los límites aceptables para el nuevo *paradigma*. Al final, la aparición de un manifiesto breve, en parte explícito y en parte críptico, del autor reverenciado confirmaría la justeza del modelo adoptado. Mientras en Ginzburg es anterior la publicación de la gran obra (como en Braudel) a la teorización sistemática, con lo que el efecto persuasivo es mayor, en otros microhistoriadores italianos que no siguen exactamente su mismo esquema el proceso ha sido el inverso: como señalaba Alberto Banti, «gli interventi di definizione o di indirizzo hanno preceduto l'aparizione di lavori microstorici da poter utilizzare come esempio e come illustrazione delle virtù analitiche della nuova impostazione proposta». En este sentido, el éxito internacional del modelo ginzburguiano probablemente es menos el fruto de una victoria estratégica que el producto de un error *tattico* de otras versiones de la microhistoria menos divulgadas por falta de textos reverenciales publicados en fechas más tempranas⁹.

Pero hay más: el problema de este reduccionismo se acentúa, como antes decíamos, a consecuencia de un factor personal: es tan evidente que Ginzburg es un consumado y brillante narrador que su modelo se impone, además de por otras razones que pudieran argumentarse, por la vía de la seducción. No es extraño, pues, que Ginzburg confesara a Levi que el propósito que debe guiar toda monografía histórica es captar el mayor número de lectores, dado que uno de los problemas básicos -si no *el* problema básico- de la disciplina histórica es de comunicación. En eso, Ginzburg es un fiel seguidor de un cierto modelo *annaliste*: como nos recordaba recientemente Georges Duby al recordar la lección de historia aprendida de Febvre y Bloch, «llevar a cabo una investigación con todo el rigor que ello requiere no le obliga (al historiador) (...) a escribir con frialdad, pues el sabio cumple tanto mejor su función cuanto más gusta a los que le leen, y los, retiene y cautiva con los ornamentos de su estilo»¹⁰.

9 HANTI, A. M., «La storia sociale...», arto cit., pp. 202-203.

10 La bella escritura, el estilo depurado, el aderezo oportuno, la metáfora ade-

Deberíamos escribir, parafraseando a Ginzburg, como si nuestro libro fuera a ser leído por un millón de destinatarios, como si la fruición de su lectura estuviera justificada por el propio placer contagioso que obtuvo quien elaboró el texto ¹¹. Ahora bien, que esto sea así no significa en ningún caso que, para este autor, la historia sea un discurso cuya verosimilitud se fundamente sólo en procedimientos retóricos. En ello, de nuevo, este investigador italiano no se separa explícitamente de lo que, por ejemplo, el propio Duby postulaba: aunque la técnica de un arte esencialmente literario sea fundamental, a lo más que puede aspirar un historiador es a un «nominalismo moderado», es decir, más allá del discurso hay «una necesidad de veracidad» que separa al investigador del autor de relatos de ficción ¹².

cuada, serían, en este caso, una de las dos lecciones aprendidas por DUBY de sus maestros; la otra sería justamente el olfato interdisciplinario. Cf. DUBY, C., *La historia continúa*, Madrid, 1991, p. 13. Como se sabe, éstos son argumentos habituales, con frecuencia repetidos para referirse a la «escuela de *Annales*». Precisamente cuando la empresa de «microstorie» comenzaba a fraguarse, el propio GEORGES DUBY o JACQUES LE GOFF —que participaría en la redacción de algunas de las más importantes voces de la *Enciclopedia Einaudi*, después recogidas en *Storia e memoria*, Turín, 1988— insistieron en la necesidad de que el historiador rebasara el ámbito académico para alcanzar al «gran público». La resonancia de sus reflexiones no es extraña a lo que en aquellas fechas se planteaban en Italia los microhistoriadores.

En ese sentido, para acceder al gran público, dos eran las medidas a adoptar: en primer lugar, tomarse en serio la certidumbre de que «la historia es (...) esencialmente un arte literario. La historia no existe más que por el discurso». De ahí la importancia de efectuar continuos «ejercicios de estilo», pues «escribir de una cierta manera no sólo es un medio de convencer, de enganchar, de atraer, de cautivar. Es, además y sobre todo, un medio de aprovechar, mediante artificios literarios, esas discontinuidades embelesadoras que llevan al lector a soñar», decía el propio DUBY a finales de los setenta. Véase DUBY, C., y LARDREAU, G., *Diálogo sobre la Historia*, Madrid, 1988, p. 48. Esa misma vocación de convicción y de seducción es lo que llevaba justamente a LE GOFF a postular para la misma época la aproximación del historiador a los *mass media*, y, por tanto, a defender la necesidad de adaptar la exposición, el discurso, al medio empleado, pues, como él mismo apostillaba, «sabernos, desde hace poco, que la ciencia, cualquier tipo de ciencia, está íntimamente ligada a sus medios expresivos». Cf. LE GOFF, J., Y MAIELLO, F., *Entrevista sobre la Historia*, Valencia, 1988, p. 16.

¹¹ Véase «Il piccolo...», art. cit., p. 214. De hecho, cuando se plantean GINZBURG y LEVI la colección «Microstorie», una de las cosas que más les preocupa, al menos en sus discusiones con CULIO EINAUDI, era «tener un público más amplio que el que se repite por escuchar a los alires historiadores. Intentem vendre llibres diferents de llibres acadèmics, que tenen una circulació del tot corporativa (...). No és que vulgem fer divulgació. En el moment en què escriurem un llibre intentem pensar en un mínim de tres mil lectors, i això fa enfadar molt e/s historiadors acadèmics, però per ara ha reeixit, perquè tots aquests llibres han tingut almenys tres millectors». Cf. RUIZ TORRES, P., «Microhistòria i narrativa. Conversa amb Giovanni Levi», *L'Aveng*, núm. 125, 1989, pp. 35-39, esp. p. 39.

¹² Cf. LARDREAU, G., Y DUBY, C., *Diálogo...*, op. cit., p. 41. A pesar de que estas palabras de DUBY sean de un tono daramente razonable —no por casualidad a DUBY

De hecho, Ginzburg, que es un polemista frente al desconstruccionismo, admite la realidad como algo que está fuera del discurso, aunque su captación dependa siempre de un proceso interpretativo. Esto último, que también lo podría suscribir un desconstruccionista, tiene, sin embargo, una implicación antirrelativista: como en el ámbito de la semiótica ha señalado Umberto Eco, las obras o los hechos consienten variadas interpretaciones, pero la «apertura» y la «cooperación interpretativa» tienen ciertos límites en virtud de los cuales, aun cuando haya muchas interpretaciones —un número infinito de interpretaciones—, hay unas más satisfactorias que otras¹³. En ese sentido, según expresa Ginzburg en *El juez y el historiador*, aunque reconozca que «alcanzar la realidad histórica (o la realidad) directamente es por definición imposible», rechaza la inevitabilidad según la cual «la incognoscibilidad de la realidad» suponga «caer en una forma de escepticismo perezosamente radical que es al mismo tiempo insostenible desde el punto de vista existencial y contradictoria desde el punto de vista lógico». Sin embargo, más allá de su antirre-

se le concibe como un precursor de la microhistoria. Cf. *El domingo de Bouvines*, Madrid, 1988-, lo cierto es que la ortodoxia *annaliste*, pese a las protestas de continuidad de este historiador, no asumiría la narrativa tal y como estas referencias revelan. En efecto, como se ha repetido con insistencia, una parte de la hegemonía *annaliste* se logra a partir de un capital de hostilidad hacia una vieja historia narrativa —la historia historizante—, constituyendo uno de los cimientos de la «escuela». Véase, al respecto, el tono duro y crítico que HAYDEN WHITE emplea para referirse a lo que los *annalists* han dicho tradicionalmente acerca de la historia narrativa. Como señala polémicamente, la narrativa es la forma habitual con la que presentamos la realidad, y eso mismo convierte a este procedimiento en sospechoso frente al prestigio del que goza la forma «no narrativa común a las ciencias físicas», lo que, a su juicio, no es garantía de realidad, porque, al menos en este caso, aquello que se dirime no es lo verdadero y lo falso, sino lo real y lo imaginario. Como apostilla, «se puede crear un discurso imaginario sobre acontecimientos reales que puede ser no menos “verdadero” por el hecho de ser imaginario». Véase, al respecto, WHITE, TH., *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona, 1992, pp. 74 Y 51.

¹³ Véase, al respecto, ECO, U., *Los límites de la interpretación*, Barcelona, 1992.

Con el mismo título, cf. el artículo —texto de una conferencia pronunciada en Madrid en 1990— publicado en *Revista de Occidente*, núm. 118, 1991, pp. 5-24. En general, este argumento lo viene sosteniendo ECO desde que comenzó su carrera como semiótico y es precisamente una de las cosas que le separan de los desconstruccionistas radicales como Derrida. Además de otros textos, sobre la «apertura», véase *Ohra ahierita*, Barcelona, 1979. Sobre la «cooperación interpretativa», véase *Lector infahula*, Barcelona, 1981. No es casualidad que haya tal sintonía entre ECO y GINZBURG. Algún *annalista* de GINZBURG subraya el hecho de que la microhistoria nació en el norte de Italia, en Bolonia, justamente en donde imparten sus clases ECO y GINZBURG. Cf. MILIH, E., «Introduction...», *op. cit.*, p. VII. Al margen de esta coincidencia, la proximidad de ECO y GINZBURG podría explicarse mejor a partir del común interés por la abducción como forma de conocimiento.

lativismo discursivo, su preocupación por el texto y por las técnicas narrativas de la historia ha permitido que su ejemplo se tome privilegiadamente y que sea visto como uno de sus rasgos más distintivos y, a la vez, más polémicos 14.

3. Si éstos son algunos de los avatares que la microhistoria ha seguido fuera de Italia, la definición compleja de lo que sea esta corriente se vuelve extraordinariamente ardua en la medida en que debe ensancharse el referente al que se alude. En efecto, no es sólo Ginzburg quien marca la práctica microhistórica. Por tanto, deberemos apelar a aquellas definiciones propuestas por los propios microhistoriadores que puedan sernos útiles para reconstruir el modelo epistemológico que hay detrás de esta opción. Asimismo, deberemos atender al contexto en el cual surge.

Los intentos iniciales habidos en Italia de defender un modelo cognoscitivo microanalítico para la historia datan de la primera mitad de los años setenta. En efecto, un historiador modernista, Edoardo Grendi, particularmente sensible a los avances producidos en las ciencias sociales, postulaba la adopción de una perspectiva micro para una disciplina —la historia— acostumbrada a operar, desde la ruptura *annaliste*, con grandes magnitudes, con la larga duración y, en definitiva, con procedimientos seriales que privilegiaban el anonimato y lo cuantitativo. El impacto que el paradigma braudeliano había ejercido en la Italia de aquellas fechas está fuera de toda duda, y quizá dos hechos sean un síntoma claro de cuanto afirmamos. Por un lado, la aparición en 1967 de una revista —*Quaderni Storici deLLe Marche*— cuyo primer artículo era la versión italiana de la *longue durée* de Braudel. Por otro, y pocos años después, la publicación de la *Storia d'Italia* de Einaudi (1972), que puede considerarse como un intento de síntesis entre conceptos y esquemas analíticos procedentes

¹⁴ Las palabras proceden de GINZBURG, C., *El juez...*, op. cit., p. 23. Además, véanse a este respecto: LEVI, G., «Retorica e storia», en STARACE, G., *Le storie, la storia*, Venecia, 1989, pp. IX-XV; y GINZBURG, C., «Unus testis. Lo sterminio degli ebrei e il principio di realtà», *Quaderni Storici*, núm. 80, 1992, pp. 529-548. De hecho, ambos autores, a pesar de las diferencias que podamos encontrar entre sus obras y sus procedimientos, están convencidos de que la relación que se da entre realidad y discurso histórico pasa necesariamente a través del fenómeno de la convicción según técnicas argumentativas y de comunicación que buscan sobre todo «più la persuasione che la dimostrazione», según confesaba el propio LEVI en la «Introduzione» que hacía a RAMELLA, F., *Tara e laia. Sistemi di parentela e mani/altura nel Biellese dell'Ollolento*, Turín, 1984, pp. VII-XIII, esp. p. VII. Una crítica al uso de la historia narrativa por parte del análisis microhistórico se halla en KUEJIN, T'IL, «Reading Microhistory: The Example of Giovanni and Lussanna», *Journal of Modern History*, núm. 61, 1989, pp. 512-534.

de *Annales* —y, por consiguiente, de su principal inspirador en aquellas fechas, Braudel— y convenciones y tradiciones propias de la historiografía italiana ejemplificadas en la figura de Gramsci ¹⁵.

Las propuestas de Edoardo Grendi desentonaban de algunas de las certidumbres que este paradigma historiográfico asumía en aquellas fechas. Frente a la historia total propugnada por Braudel, aquello que Grendi defendía era un modelo de análisis más modesto que permitiera reducir el objeto de investigación. En realidad, su posición no hacía sino trasladar al ámbito de la historia las demandas que podían surgir de los nuevos planteamientos que se estaban produciendo, y se habían dado con anterioridad, en otras disciplinas, tanto en la economía como, en especial, en la antropología. En este sentido, dos eran los elementos que Grendi subrayaba. Por un lado, la perspectiva derivada principalmente de la vocación microanalítica de la antropología. Por otro, el estudio de las relaciones sociales a través de sus distintas manifestaciones económicas o extraeconómicas.

En el primer caso, lo que envidiaba de la antropología era su atención constante al contexto, a «la situationalita concreta (e cioè le istituzioni, la storia, ecc.)». En el segundo, Grendi asumía la tradición que, a partir de la teoría del don y el principio de reciprocidad, vinculaba a Polanyi, Mauss, Boass o Malinowski. El objetivo de esa perspectiva era repensar categorías históricas fuertemente influenciadas por los modelos procedentes de la economía: en concreto, las nociones de mercado y racionalidad. Ambos conceptos, que constituían desde antiguo objeto preferente de la microeconomía, se abordaban desde esta última disciplina como nociones lógicas subordinadas a la teoría de la elección racional. En este caso, las actividades económicas, al menos desde la perspectiva marginalista, se fundamentaban en el postulado de la maximización y ello servía tanto para explicar las elecciones de los empresarios como las decisiones de los consumidores. En este sentido, la economía expulsaba los contextos reales de dichas elecciones y, para mayor paradoja, dicha expulsión se practi-

¹⁵ La evolución de la revista *Quaderni Storici* se describe en CARACCILO, A., «In margine a vent'anni di *Quaderni Storici*», en GROSSI, P. (ed.), *Storia sociale e dimensione giuridica. Strumenti d'indagine e ipotesi di lavoro*, Milán, 1986, pp. 155-164. Como reconoce PETER BURKE, «the massive *History of Italy*, launched by the publisher Giulio Einaudi in 1972, focused on developments over the long term, paid homage to Bloch in the title of the first volume (“i caratteri originali”), and included a long essay by Braudel». CL BURKE, P., *The French Historical Revolution. The «Annales» School, 1929-1989*, Cambridge, 1990, p. 95.

caba fundamentalmente por parte de la perspectiva microeconómica¹⁶.

Pero ¿era la antropología una disciplina en la que siempre el contexto que otorga significado a las relaciones constituía el objeto de observación? *Annales* había recibido un fuerte impacto de la perspectiva antropológico-estructural y, como tal, el impulso antropológico que aquella publicación podía experimentar tenía más que ver con el análisis de invariantes, con el estudio de reglas y, en definitiva, con la posibilidad de establecer modelos¹⁷. Por el contrario, la antropología anglosajona, al menos desde E. E. Evans-Pritchard, había reivindicado, más allá de la formalización, el estudio singular de casos concretos dotados de una particular historicidad¹⁸. Esta vertiente de la antropología había ido desarrollando estas sugerencias, con sus propias diferencias internas, hasta consumarse en el trabajo etnológico del antropólogo americano Clifford Geertz.

¹⁶ Estas ideas las expresa el autor en la «Introduzione» que el mismo hace a la antología sobre *L'antropologia economica*, Turín, 1972, pp. XI-LXVII, especialmente p. XXV. En cambio, para ALBERTO M. BANTI la referencia no era tanto a la antropología como «alla microeconomia e, implicitamente, a quelle impostazioni che -praticate in varie discipline- si riassumono sotto l'etichetta di individualismo metodologico». Cf. BANTI, A. M., «La storia sociale...», art. cit., p. 203. Sin discutir la referencia explícita que GRENDI hace al individualismo metodológico, no es nada evidente que la alusión principal de dicho trabajo sea la de la microeconomía. La razón puede estar en que, mientras la historia quiere ser una disciplina explicativa, la microeconomía y sus derivaciones anexas (la teoría de la elección racional) son más claramente propuestas normativas. Véase a este respecto la distinción que efectúa TON ELSTER en *Juicios salomónicos*, Barcelona, 1991, p. 11 y, más concretamente, en «Racionalidad y normas sociales», en AA. VV., *Sociología: unidad y diversidad*, Madrid, 1991, pp. 117-141.

¹⁷ Sobre este punto concreto, la bibliografía es prácticamente inagotable. Sin duda, para seguir el inicio de esa influencia habría que confrontar las dos obras que dan origen a ese impacto: LÉVI-STRAUSS, C., «Historia y etnología», en *id.*, *Antropología estructural*, Buenos Aires, 1976, pp. 1-26; BHAIDEL, F., «La larga duración», en *id.*, *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, 1974, pp. 60-106. Más concretamente, la recepción oficial del impacto estructuralista puede seguirse en el número monográfico que la revista francesa dedicó al tema: «Histoire et structure», *Annales ESC*, núm. 3, 1971. Como se ve, por la fecha de publicación del dossier, la historia entró en diálogo oficialmente con el estructuralismo bastante más tarde que otras disciplinas universitarias, dándose además la paradoja de que la recepción del paradigma estructuralista en historia se produce «au moment de son reflux généralisé», como subraya FRANÇOISE DOSSE. En ese sentido, un seguimiento general de estas cuestiones puede verse en su obra *Histoire du structuralisme. I. Le champ du signe*, 1945-1966, París, 1991 (esp. pp. 14-15), e *Histoire du structuralisme. II. Le chant du cygne*, 1967 à nos jours, París, 1992.

¹⁸ Sobre estas cuestiones, véase cuanto afirma ERNEST GELLNER en su «Introducción» a EVANS-PRITCHARD, E. E., *Historia del pensamiento antropológico*, Madrid, 1987, pp. 15-39.

Al margen de otras implicaciones que puedan extraerse, lo que importa destacar ahora es la coincidencia temporal y temática de la reivindicación de la mirada microscópica y contextual de Geertz y Grendi. Para el antropólogo, microscópico «quiere decir simplemente» que el investigador analiza los mismos «megaconceptos con los que se debaten las ciencias sociales contemporáneas» partiendo «de los conocimientos extraordinariamente abundantes que tiene de cuestiones extremadamente pequeñas»¹⁹. Como se puede observar, la defensa de esta perspectiva no tiene, en principio, nada que ver con los postulados que sostiene la microeconomía, como tampoco esta última tenía nada que ver, de entrada, con el enfoque micro que Grendi defendía para la historia. Por tanto, la primera consecuencia que se extrae de aquella temprana propuesta es la reducción de la escala de observación. Pero, más allá de este procedimiento, lo que Grendi defendía además era el análisis de las relaciones, con lo cual la densidad de las mismas podía captarse en toda su complejidad. Ahora bien, el estudio relacional y, a la vez, la reducción de la escala sólo podían ser ejecutados en aquellos ámbitos en los que, por sus pequeñas dimensiones, el análisis pudiera resultar significativo. Es por eso que, hacia 1977, Grendi defiende el estudio microanalítico en el seno de aquellas formas de agregación social y política más reducidas que las que podían representar el Estado o la nación: «e perché deve essere l'aggregato-nazione e non la comunità o la città o il mestiere illuogo d'elezione per lo studio de queste trasformazioni?». Si, a juicio de Grendi, la historia social ha de tener por objeto «ricostruire l'evoluzione e la dinamica dei comportamenti sociali», es decir, las relaciones, «il villaggio contadino» o el «quartiere urbano» son áreas privilegiadas de dicho estudio.

¿Cuáles son los referentes que permiten entender la propuesta microanalítica de Grendi? A este historiador italiano se debe, en parte, la difusión en Italia de ciertos autores que, para las fechas en las que comenzó a divulgarlos, no eran muy conocidos. Sin duda, que estos referentes pertenecieran al ámbito anglosajón no es extraño si se tiene en cuenta la productiva estancia que este autor disfrutó en la *London School of Economics*²¹. Este hecho permite entender la línea de

¹⁹ GEERTZ, C., *La interpretación de las culturas*, Barcelona, 1989, pp. 33-34.

²⁰ GRENDI, E., «Micro-analisi e storia sociale», *Quaderni Storici*, núm. 35, 1977, pp. 506-520, esp. pp. 518-520.

²¹ El propio LEVI reconoce que «in questo il yero maestro è Edoardo Grendi che essendo più inglese che genovese e avendo studiato molti anni alla London School of Economics ha suggerito a molti di noi un rapporto stretto con l'antropologia sociale inglese». Cf. «Il piccolo...», art. cit., p. 226.

investigación que Grendi recorre desde los años sesenta, iniciada con la historia del movimiento obrero y, especialmente, con la difusión de la obra de los historiadores marxistas británicos que se ocupaban de ese tema.

El carácter «inglés» que Giovanni Levi atribuye a Edoardo Grendi, más allá de la *boutade*, tiene implicaciones ciertas. Decía Thompson en «The peculiarities of the English» que el mejor idioma de los anglosajones habría sido históricamente aquel que confluye en elléxico protestante, en el lenguaje individualista, en el empirismo y, en definitiva, en aquel que se propone desintegrar los universales²². Pues bien, las características subrayadas son las que acaso aprendió Grendi en su estancia londinense, sobre todo si se tiene en cuenta que procedía de una historiografía –**la italiana**– en donde el peso del historicismo y del idealismo había sido muy oneroso²³. Probablemente por esta razón pueda entenderse el relieve que pronto iba a dar Grendi a la noción de contexto. De hecho, es este historiador italiano quien más ha contribuido a difundir en su país la obra de E. P. Thompson.

¿Qué obtiene nuestro autor del reverenciado historiador inglés? Además del sano empirismo que informa la tradición británica y, por tanto, ajena a los excesos de los «cartesianismos» continentales, Grendi aprecia en su obra dos virtudes. En primer lugar, la reivindicación thompsoniana de «il protagonismo degli individui e dei gruppi sociali, [*human agency*]». En segundo término, la «rigorosa contestualizzazione» del objeto histórico, en este caso los individuos y los grupos. A partir de estos supuestos, a juicio de Grendi, Thompson censura ciertos vicios de su propia tradición –**la marxista**– que, obsesionada por el cientifismo, parece haber olvidado en ocasiones la mirada «aperta, esploratoria, autocritica», en definitiva, el uso constante de la «ragione attiva». El uso de esa razón crítica le permite investigar no tanto la lógica del capital como el proceso histórico del capitalismo, desembarazándose de la desgraciada metáfora base-superestructura que tantos reduccionismos ha provocado, y orientando el estudio hacia los protagonistas de ese cambio histórico: las clases populares y los individuos que las integran. En este caso, la acción humana *sólo* puede explicarse en su contexto, pues las decisiones y sus implicaciones son fruto de una elección que es inextirpable de la propia experiencia atesorada. Sin embargo, para Grendi, Thompson peca de

²² THOMPSON, E. P., «The Peculiarities of the English», en *id.*, *Tite Poorly (J) Theory*, Londres, 1978, pp. 35-91, esp. pp. 63-64.

²³ CL COLI, D., «Idealismo e marxismo nella storiografia italiana degli anni '50 e '60», en ROSSI, P. (ed.), *La storiografia contemporanea. Indirizzi e problemi*, Milán, 1987, pp. 39-58.

tres vicios que también otros autores han subrayado: la relativa elementalidad de sus categorías impresionistas, el silencio acerca de las estructuras extraintencionales y, en fin, el discurso frecuentemente autocelebrativo que emplea²⁴.

En suma, la lectura que Grendi realiza de Thompson intenta subrayar, además de la relevancia de su método analítico, la forma en la que éste aborda el estudio contextualizado de los individuos y los grupos a través de un estímulo antropológico. Eso le permite disolver teleologías de «la storiografía conservatrice» y banalidades «de-Ha tradizione marxista». «Para nosotros -dice Thompson-, el estímulo antropológico no surte su efecto en la construcción de modelos, sino en la localización de nuevos problemas, en la percepción de problemas antiguos con ojos nuevos». Esta mirada crítica que Grendi destaca de Thompson le lleva al punto de encontrarle ciertas sintonías con otro autor, también instalado en la tradición británica, que años atrás había efectuado igualmente una lectura heterodoxa del proceso de formación del capitalismo. «L'orientamento strutturale del discorso di Thompson è ben confermato da moduli discorsivi che sembrano riecheggiare Polanyi»²⁵.

Quizá pueda sorprender al lector las afinidades que Grendi establece entre ambos autores: mientras uno pertenece a la tradición marxista, el otro no. Sin embargo, ambos comparten un mismo interés -la exégesis crítico-analítica del proceso de formación del capitalismo- y, además, lo desarrollan con instrumentos y categorías hete-

²⁴ Cf. GRENDI, E., «Introduzione», en TIOMPSON, E. P., *80cieta patrizia, cultura plebea*, Turín, 1981, pp. VIT-XXXVI. Como se sabe, este libro fue el segundo volumen que se publicó dentro de la colección «Microstorie». A pesar de todo, GRENDI ha tenido escasa resonancia fuera de su país. Lo mismo cabe decir del caso español, donde en las escasas ocasiones en que se le visita es más utilizado que citado: un ejemplo en ARACHIL, H., y GARCÍA BONAFÉ, M., «Marxismo e historia en Gran Bretaña», en *Hacia una historia socialista*, Barcelona, 1983, pp. 7-51. En cambio, FONTANA se refiere a él de una manera implícita al denunciar la apropiación abusiva que los microhistoriadores han hecho de la obra de TIOMPSON, como ya hemos señalado más arriba. Para entender esa disparidad respecto de la obra del autor británico, quizá fuera conveniente repasar los artículos genéricos que tanto FONTANA como CRENDI eligen para los volúmenes español e italiano que recopilan sus trabajos dispersos sobre el siglo XVIII. Se puede así comprobar que los ensayos más «antropológicos» de TIOMPSON se incluyen en el segundo pero no en el primero, que son justamente además los que con anterioridad había empleado CAHLO GINZBIIRC, en *El queso y los gusanos. El cosmos, según un molinero del siglo XVI*, Barcelona, 1981, pp. 13 y ss., 194 y ss.

²⁵ Cf. CIU:NDI, E., «Introduzione», art. cit., pp. XV Y XXIV. La referencia de TIOMPSON procede de su ensayo «Folklore, antropología e historia social», *Historia Social*, núm. 3, 1989, pp. 81-102, esp. p. 82. Por supuesto, este artículo estaba incluido en la recopilación introducida por CRENDI y no en la que realizara FONTANA.

rodoxos. En este sentido, el atractivo que Karl Polanyi ejerce en Grendi resulta perfectamente comprensible: «l'esperienza teorica» de este último autor «ha influenzato del pari storici e antropologi», aunque fundamentalmente en el ámbito anglosajón. En efecto, este autor, al que se le conoce como un antropólogo de la economía, desarrolló parte de su obra en Gran Bretaña y en Estados Unidos a partir del temprano exilio de su Budapest natal. De todas sus obras, aquella que constituye un clásico todavía vigente es sin duda la que lleva por título *The Great Transformation*, publicada en 1944²⁰. En esta y en otras investigaciones, Polanyi desarrolla, como se sabe, un análisis de la economía de mercado y de sus orígenes, comprobando la historicidad del contrato y del beneficio económico y subrayando el carácter de economía «incorporada» que tienen los distintos tipos de transacciones. Es decir, la economía funciona, antes del capitalismo, como un subproducto de las obligaciones de parentesco, políticas y religiosas, quedando los medios de subsistencia garantizados como un derecho moral que derivaba de la pertenencia a una comunidad humana. En ese sentido, reciprocidad, redistribución e intercambio constituyen formas de transacción que son diversamente dominantes según las sociedades históricas o simultáneas, según jerarquías internas de esas mismas comunidades. A partir de estos supuestos, dos son las ideas que nuestro autor trata de desmentir. Por un lado, la de que los mercados puedan contemplarse como la forma omnipresente de la organización económica. Por otro, la de que esa misma organización determine la estructura social y la cultura en todas las sociedades. De ser ciertas estas premisas en algún momento históri-

²⁰ Las ediciones principales de la obra de POLANYI, KARL., en italiano han sido las siguientes: *La grande trasformazione. Le origini economiche e politiche della nostra epoca*, Turín, 1974; POLANYI, K., *et al.*, *Traffici e mercati negli antichi imperi*, Turín, 1978; *Economie primitive, arcaiche e moderne*, Turín, 1980. Este último es una recopilación de GEORGE DALTON vertida al italiano. Como se ve, las fechas de edición son tardías, lo que prueba, entre otras razones, la reciente recepción de este autor en Italia. Algo más contradictorio podemos hallar en el ámbito castellanoparlante: por un lado, contamos con una versión bonaerense que es casi contemporánea a la edición original (*La gran transformación*, Buenos Aires, Claridad, 1947. Debemos esta referencia y la consulta del texto a FERNANDO DÍEZ); por otro, tenemos dos ediciones recientes, casi simultáneas, debidas a La Piqueta (1989) y a FCE (1992). De todos modos, la recepción de POLANYI no es comparable en los casos italiano y español. En nuestro país, poco se puede decir de su influencia más allá de algunas reseñas: cf., por ejemplo, la de NAREDO, J. M., «Comentarios que suscita la reedición del libro de KARL POLANYI», *Archipiélago*, núm. 5, 1990, pp. 141-144. En Italia, la situación ha sido radicalmente distinta: LEVI, por ejemplo, señala que «a me viene sempre in mente come più be! libro di stoira contemporanea un libro non scritto da uno storico contemporaneo, cioè *La grande trasformazione* di Polanyi», en «Il piccolo...», art. cit., p. 219.

co, sólo se cumplirían por entero bajo el capitalismo concurrencial dominado por el mecanismo del mercado autorregulador.

Frente al axioma smithiano del interés económico como móvil de la acción social, Polanyi subraya el argumento inverso: el hombre no tiene una propensión innata al tráfico. Es sólo la necesidad social de organizar los recursos el factor que conduce al cambio. En ese sentido, acepta alguno de los supuestos marxistas para el análisis de la economía capitalista, supuestos que no podrían generalizarse para las sociedades primitivas y arcaicas. Por tanto, la conclusión que extrae Polanyi es la de que la estructura institucional del capitalismo concurrencial escindió la economía de la sociedad y del Estado, transformando el trabajo y la tierra en mercancías y organizando su oferta como si, en efecto, fuesen artículos elaborados para ser vendidos. Esta es «la gran transformación» que se experimenta en Occidente y de la que nacen los mercados «incontrolados», en los que la economía ha dejado de estar incorporada a la sociedad.

Tal vez hoy no nos sorprenda la tesis que sustenta estos argumentos, en la medida en que los hemos hecho propios a partir de los análisis de la formación del capitalismo que, desde los años cuarenta en adelante, se han nevado a cabo. Sin embargo, no hay que olvidar la época en la que este género de ideas se expresa²⁷. Probablemente lo que sí que nos puede sorprender es la escasa o nula recepción que este autor tuvo en Italia o en Francia hasta los años setenta, cuando Grendi, en un caso, y *Annales*, en el otro, empezaron a difundirlo. La operación de recuperación del autor húngaro se consuma en Italia con la publicación de un volumen titulado *Polanyi. Dalt'antropologia economica alta microanalisi storica*²⁸. Ese subtítulo que Grendi da a su libro es suficientemente explícito de sus intenciones.

En una primera parte, el historiador italiano describe y analiza las categorías polanyianas, poniéndolas en relación con la antropología social inglesa, con el sustantivismo económico y, al fin, con la antropología marxista. Por contra, en la segunda parte, la figura de Polanyi pierde relieve para dar paso a un uso productivo de sus categorías que permita fundar una nueva mirada sobre viejos temas. En

²⁷ POLANYI intervino, aunque indirectamente, en la discusión sobre la transición del feudalismo al capitalismo, al comentar críticamente la conocida obra de MAUHICE DOBB, resaltando la investigación marxista de la formaci(ón) histórica del mercado frente a la falible teoría del valor-trabajo de MARX. eL HILTON, R. (ed.), *La transición del feudalismo al capitalismo*, Barcelona, 1977, p. 7.

²⁸ Este libro fue publicado en Milán por Etas Libri en 1978. La recepción de POLANYI en *AnnaLes* puede seguirse en el dossier «Pour une histoire anthropologique: la notion de réciprocité», *AnnaLes ESC*, núm. 6, 1974, pp. 1309-1380.

definitiva, Grendi se propone suspender dos características recurrentes del trabajo histórico para iniciar la aproximación microanalítica en historia. Nos referimos, por un lado, al teleologismo implícito o explícito que ha informado buena parte de los análisis histórico-económicos del capitalismo. Por otro, aludimos al referente normativo con el que usualmente suelen medir los historiadores o, mejor aún, con el que suelen evaluar las sociedades que en concreto estudian. El rechazo de esos dos vicios que han acompañado al historiador le ha de permitir desarrollar una propuesta en virtud de la cual se pase «di un procedimento dal “micro” dell’unità domestica al “macro” della società più ampia, attraverso la comunità intesa come forma di aggregazione socio-spaziale intermedia (...)». Questo procedimento è opposto a quello generalmente seguito dall’approccio storico che definisce i caratteri generali della società sulle basi di una considerazione ideal-tipica dei rapporti interpersonali astruendo quindi dalla loro definizione spaziale e di scala»²⁹.

Al margen de que la unidad doméstica, la comunidad o el mercado puedan ser objetos, nuevos o viejos, que se introducen o se reintroducen en el discurso histórico de aquellas fechas, la lección que extrae Grendi es más propiamente la de una mirada microanalítica que no da por supuesto ningún elemento que no se explique en su relación contextual. Esta última aseveración nos permite precisamente volver sobre una de las certidumbres que Thompson sostiene: la historia es la disciplina del contexto, entendiendo por tal que el análisis que se realice sobre cualquier hecho histórico «può acquistare significato soltanto entro un insieme di altri significati»³⁰, y esto es lo que permite a Grendi relativizar una de las características más celebradas de la historiografía *annaliste*: la interdisciplinariedad³¹. Su preocupación no es la de estar atento sin más a las innovaciones de las ciencias sociales para ejercer sobre ellas un canibalismo benévolo,

²⁹ GHENDI, E., *Polanyi...*, *op. cit.*, p. 95. Argumentos similares los expresa el autor en uno de sus más atinados artículos: "Del senso comune storiografico», *Quaderni Storici*, núm. 41, 1979, pp. 698-707. Estas ideas venían expresándose desde mediados de los setenta en esta publicación. Como consecuencia de la aparición de la *Storia d'Italia*, diversos historiadores emitieron juicios en torno al desarrollo histórico y a su conceptualización. En ese sentido, RAFFAELE ROMANELLI, en un artículo justamente célebre, sostuvo con contundencia la necesidad de suspender la teleología implícita del desarrollo contemporáneo: «Storia politica e storia sociale dell'Italia contemporanea: problemi aperti», *Quaderni Storici*, núm. 34, 1977, pp. 230-248.

³⁰ THOMPSON, E. P., «L'antropologia e la disciplina del contesto storico», en *id.*, *Società e storia...*, *op. cit.*, p. 258.

³¹ En una dirección similar se ha expresado ROGER CHAHNIEH en su obra *El mundo como representación*, Barcelona, 1992, p. 52.

sino, por el contrario, obligar a las categorías y a los métodos a confrontarse con el hecho inerte cuyo significado no se lo dan esas ciencias extrahistóricas, sino la red de relaciones factuales y personales de la que es inseparable.

Esta es una vieja lección que la etnología había asumido, al menos, desde Marcel Mauss y que llega, por vías diversas, hasta Geertz. Por eso no es extraño que Grendi haya privilegiado la aproximación a la antropología, pero que lo haya hecho sobre los supuestos que el propio Thompson había delimitado. Por esa razón, cobra protagonismo la descripción polanyiana de la economía incorporada, entendiendo por tal la imposibilidad de separar la instancia económica de la sociedad y, por tanto, obligando al investigador a efectuar una lectura *total* de un hecho que no consiente una única mirada disciplinaria³². Y, en ese sentido, Grendi elige como objeto preferente las formas de agregación intermedias, en la medida en que éstas permitan aplicar esa mirada que reclama.

A pesar de las sugestivas implicaciones que este programa de investigación abierto tiene para la historia desde una perspectiva microanalítica, el conocimiento internacional que se tiene de Grendi es muy reducido. Tal vez, a ello ha contribuido el hecho de que, contrariamente a Ginzburg, no cuente con una obra que haya impactado al nivel que lo logró *Il formaggio e i vermi*. Sin embargo, a Edoardo Grendi se le suele citar en los textos que hacen referencia teórica a la microhistoria por un oximoron afortunado -lo excepcional normal- al que se le ha dado un relieve desproporcionado, en la medida en que se le extrajo del contexto en el que el autor lo había formulado: «caratteristicamente lo storico lavora su molte testimonianze indirette: in questa situazione il documento eccezionale può risultare eccezionalmente "normale", appunto perché rivelante»³³. En realidad, Grendi más que referirse al objeto de investigación, lo hace al problema de las fuentes, polemizando implícitamente con la cuan-

³² Quien primero se manifestó en estos términos fue MARCEL MAUSS en su conocido «Ensayo sobre los dones», en *id.*, *Sociología y antropología*, Madrid, 1979, pp. 153-263. En esta tradición, argumentos similares los expresaba CLAUDE LÉVI-STRAUSS al analizar la concepción totalizante de la realidad que tienen los salvajes. CL su obra *El pensamiento salvaje*, México, 1974. Finalmente, y desde otra óptica, CLIFFORD GEERTZ llega a conclusiones parecidas al reivindicar el estudio totalizante del hombre, a la vez unitario y poliédrico: *La interpretación...*, *op. cit.*, p. 51.

³³ CHENDI, E., «Micro-analisi...», art. cit., p. 512. A pesar de lo dicho, algún autor llega al extremo de identificar la microhistoria con GHENDI, hasta el punto de no incluir referencia alguna a GINSBURG: GOZZINI, G., «Génesis y desarrollo de la historia social en Italia», en CASTILLO, S. (ed.), *La Historia social en España. Actualidad y perspectivas*, Madrid, 1991, pp. 3-25, especialmente pp. 15 y ss.

tificación y la serialización características de la historia *annaListe*. Así, su afirmación alude a la inevitabilidad frecuente del uso de documentos indirectos ante la falta de la información de primera mano. En ese caso, 10 excepcional puede revelar en negativo aquello que se definiría como normal, pero eso no implica necesariamente que esté defendiendo la adopción de casos excepcionales para el estudio histórico.

4. Con toda seguridad, el texto más célebre de Ginzburg sobre la microhistoria es el que publicara junto con Carlo Poni en 1979, es decir, dos años después de que Grendi defendiera el microanálisis en la misma revista. ¿Es exactamente un manifiesto metodológico y programático de una nueva corriente, o es, por el contrario, un artículo circunstancial en donde hallamos breves apuntes acerca de lo que sea la microhistoria? Dicho texto fue originariamente una comunicación presentada en un coloquio celebrado en Roma sobre *Annales* y la historiografía italiana. Más allá de las comparaciones y de las diferencias que observan entre Italia y Francia, los autores proponen, a partir de un repaso de las fuentes con las que se cuenta, seguir un itinerario de investigación que se fundamente en el nombre. ¿Qué quiere decir esto? Entre las características repetidamente señaladas de la historia *annaListe* hallamos la serialización y el anonimato. Por el contrario, aquello que defienden Ginzburg y Poni es perseguir «al mismo individuo o grupo de individuos en contextos sociales diferentes. El hilo de Ariadna que guía al investigador en el laberinto de los archivos es el que distingue un individuo de otro en todas las sociedades que conocemos: el nombre».

El análisis basado en el nombre no abandona, según sostienen Poni y Ginzburg, necesariamente la fuente serial o, más aún, la investigación serial. Sin embargo, 10 que diferencia una de otra es tomar o no el anonimato como horizonte analítico. En efecto, «el centro de gravedad del tipo de investigación micronominativa que aquí proponemos» persigue a individuos concretos, buscando descubrir «una especie de tela de araña tupida» a partir de la cual sea posible obtener «la imagen gráfica de la red de relaciones sociales en que el individuo está integrado». Desde este punto de vista, los autores rescatan el oximoron de Grendi, ampliándole los significados que antes éste le había otorgado. En un sentido, «un documento realmente excepcional (y por ello estadísticamente poco frecuente) puede ser mucho más revelador que mil documentos estereotipados». Según otro significado, lo excepcional normal alude a determinados *case studies* y, por tanto, a objetos de investigación que son extraordinariamente

extravagantes para nuestro sentido común, pero normales en sociedades precapitalistas, si no de derecho al menos de hecho³⁴.

Es en este último punto en donde los autores marcan deliberadamente o no la diferencia con respecto a la propuesta de Edoardo Grendi. Ambas posiciones comparten la personalización *-ii nome-* del objeto de investigación, para lo cual la reducción microanalítica les parece la más conveniente. De ese modo, se proponen reconstruir la red de relaciones de los sujetos y, en suma, la actividad intencional de los individuos, para lo cual la fuente serial y otras que no consienten la cuantificación pueden ser contempladas desde la misma perspectiva nominal. En definitiva, también hay un interés similar por las aportaciones relevantes de otras disciplinas sociales y, en particular, por la perspectiva antropológica. Ahora bien, a partir de estas coincidencias, Ginzburg y Poni hablan de lo excepcional normal como si esto implicara también la creación de objetos de investigación definidos a partir de esta cualidad, algo que se aleja de la pretensión originaria de Grendi³⁵.

La importancia de este último aspecto es capital en la medida en que los autores lo sostienen tres años después de la aparición de *Il formaggio e i vermi* y, por tanto, cuando existe un claro referente que puede dar sentido a ese nuevo significado de lo excepcional normal. Y, además, coincide en el tiempo con la publicación del célebre ensayo de Ginzburg sobre el paradigma indiciario³⁶. Con ello, el autor ahonda más si cabe la propuesta analítica implícita o explícita de su

³⁴ GINZBURG, C., y PONI, C., «El nombre y el cómo: intercambio desigual y mercado historiográfico», *Historia Social*, núm. 10 (1991 I), pp. 63-70. Cf. asimismo MUIR, E., «Introduction...», art. cit., p. XVI.

³⁵ En efecto, GHENDI asume objetos de investigación cuya peculiaridad no es la rareza en el seno del discurso histórico. En ese sentido, aquello que le critica, por ejemplo, a la historiadora francesa Adeline Daumard es el uso de la serialización como forma de sofocar la peculiaridad simbólica de los objetos. Véase a este respecto, GRENDI, E., «Il "daumardismo": una via senza uscita?», *Quaderni Storici*, núms. 29-30, 1975, pp. 729-737. En otro contexto, el propio GEORGES DUBY reconoce que más allá de la lectura serial, los documentos consienten otro tipo de observación cualitativa, aunque esto fuera para él un descubrimiento maduro: *La historia continúa...*, *op. cit.*, p. 31.

³⁶ Este texto ha sido publicado en distintos medios italianos. Otro tanto ocurre en los diferentes idiomas a los que ha sido traducido. Así, «Spie. Radici di un paradigma indiziario» se encuentra, entre otros, en: GARGANI, A. (ed.), *Cristi della ragione*, Turín, 1979; ECO, U., Y SEBEOK, TH. (eds.), *Il segno dei tre Holmes, Dupin, Peirce*, Milán, 1983; y GINZBURG, C., *Mili, emblemi, spie. MOffologia e storia*, Turín, 1986. Estas tres versiones pueden seguirse en castellano: la primera en Siglo XXI, la segunda en Lumen y la tercera en Gedisa, a las que habría que añadir una primera edición en *El Viejo Topo*, núm. 68, 1982, pp. 32-38. Lo mismo ocurre, por ejemplo, en el caso inglés: MUIR, E., «Introduction...», art. cit., nota 28.

obra al establecer un tercer nivel cognoscitivo. Son tres, por tanto, los significados que se le añaden a la tarea microhistórica o microanalítica propuesta por Ginzburg o Grendi. Uno hace referencia a las fuentes, otro a los objetos de investigación, y el último alude al método de conocimiento y a las inferencias a aplicar. En efecto, una cosa es lo excepcional normal en el sentido de Grendi, es decir, el documento no serializable pero significativo por revelador; otra cosa distinta es buscar un objeto de investigación que, por su condición excepcional normal, pueda descubrir hechos o procesos históricos; y otra, finalmente, es el indicio como mecanismo de creación de un paradigma cognoscitivo.

El indicio es la forma de operar habitual de determinadas prácticas o disciplinas. Ginzburg describe a este propósito el uso del paradigma indiciario en la crítica de arte para atribuir, mediante signos pictóricos marginales, autorías disputadas (Morelli), en el método detectivesco para hallar las pruebas de inculpación o exculpación (Sherlock Holmes), o en el psicoanálisis para detectar los síntomas de la psique profunda (Freud). Aquello que comparten estos tres ejemplos es que sus protagonistas o sus creadores fueron médicos, y ahí se encuentra en donde se encuentra la clave del paradigma indiciario: la semiótica médica o la sintomatología. Ginzburg insiste sobre ello parangonando la historia y la medicina como prácticas basadas en testimonios indirectos, observaciones indiciarias e inferencias conjeturales³⁷.

A partir de esta idea, si admitimos con Ginzburg que la historia es la disciplina de lo concreto, el método nuclear de sus operaciones es la abducción. Por contra, a la manera de Hempel, si el propósito de una macrohistoria es el establecimiento de las reglas que permiten explicar el proceso histórico, es posible que debamos acudir al método hipotético-deductivo. El problema de esta segunda solución es, como se sabe, la distinta naturaleza de las leyes históricas —en caso de que existan— frente a aquellas otras que son propias de las ciencias naturales. En ese sentido, aquello que nos propone en primer lugar en *Spie* es reconocer la naturaleza de las hipótesis en el conoci-

³⁷ Algo similar sostenía el antropólogo CUFFOHD GEERTZ al defender la perspectiva microscópica. Para este último, la antropología debía fundarse en una operación similar a la de la inferencia clínica: "en lugar de comenzar con una serie de observaciones e intentar incluirlas bajo el dominio de una ley, esa inferencia comienza con una serie de significantes (presuntivos) e intenta situarlos dentro de un mareo inteligible» para así diagnosticar. Véase *La interpretación...*, *qt. cit.*, p. 36. Por otra parte, una crítica al artículo de CINZBURG y a la identificación entre método histórico y diagnóstico médico en MAHTIN, 1, «Journeys...», art. cit., p. 623.

miento histórico. Para ello, postula el abandono de algunas de las convicciones menos fundadas de la disciplina histórica, en concreto, la que hace referencia al carácter deductivo o inductivo de su saber. ¿Significa esto que los historiadores no operan realmente con la deducción o con la inducción? Desde luego, si comparamos los procedimientos históricos con los mecanismos inferenciales propios de las ciencias naturales, la consecuencia es evidente: la forma característica de relación del historiador con su material no pasa fundamentalmente por estas opciones enunciadas, aun cuando los historiadores no se priven en ocasiones de desarrollar modelos deductivos o inductivos. Por tanto, otro debe ser el rasgo básico de la operación histórica: no nos referimos al uso de inferencias hipotético-deductivas, sino a los cimientos del saber histórico. Pues bien, en este caso, el razonamiento característico pertenece al proceso inferencial de la abducción.

Esta última fue analizada y descrita por el filósofo pragmatista Charles S. Peirce, tal y como se puede comprobar en sus *Collected Papers*. La inferencia abductiva es aquel proceso cognoscitivo en el que, poniendo en relación una regla y un resultado, obtenemos un caso, es decir, sabemos que este resultado que se nos ofrece a la vista puede ser el caso de una regla que hemos sometido a hipótesis. «La deducción prueba que algo *tiene que ser*; la inducción muestra que algo *es actualmente* operativo; la abducción sugiere que algo *puede ser*.» En efecto, el proceso abductivo interviene siempre que hay que poner en relación un hecho, al que sólo podemos acceder con pruebas, con testimonios o con indicios, con una explicación verosímil que «naturalmente (...) debe esser verificata»³⁸. Reconocer que el conocimiento histórico *siempre* es abductivo no implica caer en una suerte de relativismo. Significa solamente que el historiador no puede acceder de manera directa a una realidad que, por principio, le es opaca, impenetrable. Pero su intención es restituir un pasado que, aunque se le resista, es posible devolver al presente a través de determinadas vías. ¿Cuáles son estos mecanismos de restitución?: el uso de un material -la fuente histórica- que *siempre* es indirecto, vi-

³⁸ La cita en castellano corresponde a PEIRCE, CIL, *El hombre, un signo*, Barcelona, 1988, p. 36. Otra versión parcial de sus escritos en *Obra Lógico-semiótica*, Madrid, 1987. Las palabras en italiano corresponden a ECO, U., *Semiotica e filosofia del linguaggio*, Turín, 1984, p. 42. Las críticas al modelo indiciario pueden seguirse, por ejemplo, en las discusiones aparecidas en *Quaderni di Storia*, núm. 11, 1980, pp. 3-11, 13-18; núm. 12, 1980, pp. 3-54; y núm. 14, 1981, pp. 159-187. Otro ejemplo fuera de Italia en MAHTIN, J., «Journeys to the World of the Dead: the Work of Carlo Ginzburg», *Journal of Social History*, núm. 3, 1992, pp. 613-626.

cario, es decir, un signo o, lo que es lo mismo, *quid* que está *pro quo*, al que es preciso descodificar de alguna forma. En ese caso, el procedimiento es semejante al que desarrollan las disciplinas sintomáticas, esto es, operar con escasas informaciones que, gracias a su atinada lectura, permitan captar algo de lo que parecía inerte, insignificante, sin sentido. En definitiva, la operación es encontrar los parentescos de significado de un material *siempre* escaso por naturaleza, puesto que esta documentación no puede ser la cartografía de escala 1:1 del célebre apólogo de Borges. En este sentido, cuando Ginzburg sostiene que la realidad es impenetrable no dice nada nuevo que no hubiera sido sugerido por los fundadores de *Annales*: es al historiador al que compete, mediante las fuentes que reúne, *crear* el pasado que estudia, pero no en un sentido arbitrario o indiferente, dado que la historia no sería un mero relato basado sólo en procedimientos retóricos.³⁹

La vocación de verdad, que distinguiría al historiador —y en eso Ginzburg reconoce su deuda con una concepción positivista de la verdad, aunque no del conocimiento—, se cumpliría con la obtención de pruebas o vestigios —que no otra cosa serían las fuentes— para dar como resultado un relato verosímil. Ahora bien, reconocido esto, el horizonte último de Ginzburg va más allá del reconocimiento de la naturaleza vicaria del saber histórico. En efecto, cuando, al final, nos habla de indicios no se refiere ya a todo tipo de fuentes, sino a aquellas que, por su excepcionalidad, pueden ser extraordinariamente reveladoras, en el sentido de Grendi. Pero, de inmediato, nuestro autor consuma la operación con un juicio de valor que puede ser tan arbitrario como el que parece criticar: objetos de investigación extraños, marginales, raros, excepcionales, aislados, los convierte, en definitiva, en zonas privilegiadas de esa realidad impenetrable. ¿Por qué ha de ser mejor un objeto serializable frente a otro que resiste su cuantificación y su comparación? Ahora bien, algo similar podríamos decir a la inversa: ¿Por qué hemos de admitir que la excepcionalidad es *siempre* mejor que la serialización? Cuando hablamos en estos términos comparativos —«mejor»—, nos referimos a capacidad cognoscitiva o explicativa del pasado, y eso mismo está aún por demostrar.

Aquello, pues, que deberíamos retener es lo siguiente: la microhistoria, tal y como se defiende a finales de los años setenta, se formula a partir de la crítica a una historia serial que parece agotada y que, además, ha impuesto en ocasiones lecturas unilaterales e, inclu-

³⁹ Véase, por ejemplo, lo que decía LUCIEN FEBVRE en «Avant-propos», en MOZARÉ, C., *Trois essais sur histoire et culture*, París, 1948, p. VIII.

so, teleológicas⁴⁰. Frente a ello, el microanálisis de Grendi defiende la ruptura de estas unilateralidades basadas en el sentido común. La microhistoria que parece sostener Ginzburg también formula un programa similar, pero llevándolo al extremo: unos documentos excepcionales para un objeto excepcional de acuerdo con una mirada analítica o interpretativa que subraya lo excepcional. ¿Por qué Ginzburg da un paso más en la dirección mencionada? En definitiva, ¿por qué del reconocimiento de la naturaleza indiciaria del saber histórico se pasa a la defensa de la excepcionalidad como vía de aproximación al pasado?

El primer elemento —y, a la vez, el fundamental— para entender tanto esta cuestión como algunas otras que le separan de la fórmula de Grendi es su adscripción a la historia cultural, y, en concreto, a la referida a las clases subalternas, en lenguaje gramsciano. Este hecho tiene unas repercusiones especiales a la hora de entender y utilizar las fuentes. La documentación expresa, diría Ginzburg, «las relaciones de fuerza entre las clases de una sociedad determinada», y esto se verifica silenciando o deformando la cultura de aquéllas. Desde esta perspectiva, la consecuencia es doble: por un lado, cualquier vestigio de esa realidad cultural sometida es excepcional, aunque ese sistemático sometimiento convierte en normal aquello que creíamos excepcional; por otro, se necesita un criterio distinto de verificación que permita evitar que «exageremos indebidamente el peso de la cultura dominante». Por tanto, Ginzburg se enfrenta a una documentación «heterogénea» y «desequilibrada» —es decir, no serial—, frente a la cual propone explícitamente en *Il formaggio* la creación de nuevos instrumentos analíticos⁴¹. Esa preocupación, que ya aparece en las primeras obras de Ginzburg, y que se va perfilando en su estudio de objetos de investigación absolutamente excepcionales, parece encontrar su correlato metodológico en *Spie*. En este último texto, el autor, al repasar el procedimiento indiciario, se apropia de un modelo inferencial —la abducción— que no está sólo para lo excepcional, pero que él había aplicado o aplicaría en el futuro para casos extraordinarios. Así, por ejemplo, cuando en su *Indagine su Piero* justifica la tarea investigadora que se ha propuesto —jugando en el título con las dos acepciones que la palabra tiene—, no encuentra mejor metáfora que la del escalador que se enfrenta a una pared vertical a la que debe hacer frente con escasísimos recursos y con pocos clavos⁴².

⁴⁰ CL CIAHTIEH, R., *El mundo...*, op. cit., pp. 70-71.

⁴¹ GINZBURG, C., *El queso*, op. cit., pp. 232-233.

⁴² GINZBURG, C., *Pesquisa sobre Jiero*, Barcelona, 1984, p. XIII.

Al final, al problema de identificar el carácter abductivo de la investigación histórica con la pesquisa a través de indicios excepcionales que revelarían algo oculto igualmente excepcional se añade el fundamento discrecional de esta operación: la intuición. Es decir, Ginzburg sabe que su método no consiente un proceso de verificación completa, sino que admite un margen amplio -«un rigor elástico»- en donde interviene el olfato, el golpe de vista, la sospecha fundada. Enfrentado a fuentes heterogéneas que contienen informaciones sobre casos extraordinarios en las que lo que predomina es la incertidumbre, el paradigma indiciario no puede ser sino intuitivo, elástico, es decir, hace depender buena parte del discurso histórico de la cualidad personal, de la capacidad individual y de la propiedad que el historiador tenga para revelar ese pasado. El problema, en este caso, reside en extrapolar las dificultades derivadas de un determinado tipo de documentación a la disciplina histórica en su conjunto. Si partimos de que las evidencias están impregnadas de esa incertidumbre, admitiremos, asimismo -como hace Ginzburg en sus propios libros- que caben las soluciones o las afirmaciones puramente conjeturales, es decir, sin ninguna base empírica que la respalde. Esa es una de las consecuencias «perversas» o no del rigor elástico ⁴³.

y aquí es precisamente en donde la microhistoria «cultural» de Ginzburg se separa más de la *histoire des mentalités* en la que se ha nutrido, al menos en su experiencia más temprana. Mientras la mentalidad se refiere siempre a lo que hay de menos individual e irrepetible en los sujetos -como nos recordaba Chartier-, y, por tanto, apela por necesidad a un contexto social del que hace depender la comprensión global de los casos estudiados, la cultura que Ginzburg estudia es rabiosamente singular en tanto se desprende de un contex-

⁴³ Existen algunos ejemplos de este efecto perverso en las obras de GINZBURG. EDUARD MIJH, en el artículo que venimos citando, da un ejemplo que otros han repetido posteriormente. Véase la argumentación que desarrolla GINZBURG en *El queso...*, con respecto a la relación entre las creencias de Menocchio y los mitos védicos (pp. 101-102).

Las arriesgadas conjeturas que, en ocasiones, podemos ver en la obra de GINZBURG son de la misma naturaleza que las que menudean en las obras detectivescas. A falta de mayor certidumbre, es preferible iniciar un camino incierto que enmudecer. Ahora bien, las conjeturas deben empezar siempre por la conexión más fácil que, en todo caso, sería la primera a descartar. Véase, por ejemplo, SEBEOK, TH., y UMIKEH-SEBEOK, L., «Voi conoscete il mio metodo?»: un confronto fra Charles S. Peirce e Sherlock Holmes, en ECO, O., y SEBEOK, TH., *Il segno...*, op. cit., pp. 27-64. Lo mismo reclama CLIFFORD GEERTZ en *La interpretación...*, op. cit.: «El análisis cultural es (o debería ser) conjeturar significaciones, estimar las conjeturas y llegar a conclusiones explicativas partiendo de las mejores conjeturas», p. 32.

to de mentalidad -contaminado siempre por las clases dominantes- y reclama su continuidad con referencias transhistóricas o, incluso, extrahistóricas: desde los Vedas de *Il formaggio* hasta la naturaleza humana de *Storia notturna*. Por consiguiente, la pregunta inmediata es previsible: ¿cuál es la representatividad de Menocchio? Desde luego, la demanda que formulamos no la hacemos desde la fácil impugnación de que siendo un caso excepcional Ginzburg tendrá dificultades en probarla; la planteamos, por el contrario, asumiendo la condición radicalmente singular e irrepetible de lo histórico. Pues bien, desde esta perspectiva, Ginzburg no responde⁴⁴. Y no responde porque no es la representatividad lo que a él le preocupa especialmente, ni tampoco es la conexión del problema histórico con el presente aquello que motive la selección del objeto de estudio.

La primera lectura que estamos en disposición de extraer de esta posición radical puede ser la de una mirada arqueológica e, incluso, arcaizante que no busca el pasado por su condición reveladora o significativa de problemas contemporáneos. Ginzburg señala polémicamente su interés, su fascinación «by a lot of things which could not be related to the present», cosas «really dead»⁴⁵. ¿Es ésta una postura basada meramente en un esteticismo irrelevante o indiferente? Más allá del polemismo chocante y deliberado de su declaración, aquello a lo que se enfrenta Ginzburg es a ciertos usos de la historia, es decir, al empleo de la disciplina histórica para legitimar por la vía de la tradición posiciones del presente o, dicho en términos freudianos, para racionalizar según ópticas contemporáneas sociedades o sucesos del pasado. Si sólo fuera esto último, sin embargo, la postura de Ginzburg no sería muy distinta de la de Grendi, el cual, como se recordará, se oponía radicalmente a las falsas y fáciles teleologías que nuestro sentido común nos impone al hacer uso de la racionalidad retrospectiva. Ahora bien, hay algo más: Ginzburg utiliza ese concepto de «historia muerta» con el fin de recuperar aquello que está sepultado, deformado o invertido --esa cultura popular que las clases dominantes han reprimido- y que sólo es recuperable a partir del uso sistemático del paradigma indiciario.

⁴⁴ Cf. ЦИАНТИЕВ, R., *El mundo...*, op. cit., pp. 23 y ss. En ese sentido, JOHN MARTIN ha señalado cómo GINZBURG ha intentado superar algunas de las dificultades de su argumentación en *El queso...* con su *Historia nocturna* (Barcelona, 1991): «Journeys...», art. cit., especialmente pp. 616 y ss. Sobre la representatividad o no del objeto microhistórico, cf. CAHACCILO, A., «Innovazione e stagnazione nella storia sociale durante gli ultimi decenni in Italia», *Il Mulino*, núm. 4, 1986, pp. 602-616, especialmente p. 613.

⁴⁵ LJURIA, K., Y GANDOLFO, R., «Carlo Ginzburg...», art. cit., p. 105.

Por último, su propuesta microhistórica requiere, según él mismo defiende, una forma discursiva basada en el relato. ¿Por qué razón? Coincide en el tiempo el éxito internacional de Ginzburg con las referencias renovadas a la historia narrativa que Stone describiera en 1979. Por tanto, parafraseando a Giovanni Levi, podríamos decir en términos irónicos que la obra ginzburguiana está elaborada «in un modo fortemente metereologico», es decir, escrita «con orecchie sensibili al clima culturale e con l'intento di scrivere un libro di successo»⁴⁶. Y, en efecto, el éxito, además de por otras razones, se debe a la forma narrativa, una forma que el destinatario de los libros de historia empieza a reclamar por aquellas fechas, después de la saturación real o presunta que la «historia científica» ha provocado. No es extraño, pues, que Giovanni Levi, que compartió con Lawrence Stone, con Clifford Geertz, con Robert Darnton o con Donald McCloskey, una estancia en la Universidad de Princeton, señalara que «il problema del modo di scrivere storia non è un problema formale esterno ma è parte sostanziale della storiografia in quanto scienza argomentativa». Si la historia es una disciplina basada en el procedimiento de la argumentación, en este caso, su fuerza reside en la convicción. Y para convencer de que aquello que contamos es cierto, no hay mejor argumento que la presencia física en el lugar de los hechos. Como sabemos desde Emile Benveniste, el historiador clásico de los griegos es el que *estuvo allí* y, por tanto, fue testigo *directo* de lo que aconteció. Esto último es lo que, a 10 largo de los siglos, parece haber perdido la historia. En cambio, son los antropólogos los que basan su fuerza persuasiva en la observación participante, en *haber estado allí*, hecho no baladí sobre 10 que se ha extendido Geertz en una obra célebre en la que desvela el recurso retórico de la presencia⁴⁷. Pues bien, la narración de Ginzburg atrae, seduce, porque,

⁴⁶ Así se expresa LEVI al referirse a ROBERT DARTON y a su célebre libro sobre la masacre de gatos: «Il pericolo del geertzismo», *Quaderni Storici*, núm. 58, 1985, pp. 269-277, en especial p. 269.

⁴⁷ La referencia de GIOVANNI LEVI corresponde a su «Introduzione» en RAMELLA, F., *Terra...*, *op. cit.*, pp. VII-VIII. Sobre el hecho de «estar allí», véanse FERNÁNDEZ, I., «I Tistorians Tells Tales: of Cartesian Cats and Gallic Cockfights», *Journal of Modern History*, núm. 60, 1988, pp. 113-127; BENVENISTE, E., *Vocabulario de las instituciones indoeuropeas*, Madrid, 1983, p. 340; GEERTZ, C., *El antropólogo como autor*, Barcelona, 1989, pp. 11-34.

El fundamento retórico de la presencia espacio-temporal, que es un recurso habitual de la antropología, constituye un atractivo para los historiadores. De todos modos, la influencia que ejercen los antropólogos es dispar y, en ocasiones, polémica. El extremo es la historia con «espíritu etnográfico» de ROBERT DARTON que, siguiendo los pasos de GEERTZ, «trata nuestra civilización de la misma manera como los antro-

según determinados procedimientos, la impresión que extrae el lector es que el narrador le conduce hasta *allí*, a aquel lugar inaccesible espacial y temporalmente. Además, su paradigma indiciario parece implicar por necesidad la narración. En efecto, el cazador, el fundador de la abducción, fue quien primero contó una historia, es decir, una narración que encadenaba hechos diversos a los que atribuía un sentido al desentrañar las huellas, los vestigios, de un animal, de una presa, que había pasado por *allí*. La narración es orden.

La relevancia que Ginzburg concede a la narratividad del discurso histórico tiene mucho que ver también con la época en la que él sitúa sus temas preferentes. El problema al que se enfrenta el investigador que se ocupa de objetos referidos a la temprana edad moderna o al medioevo es, muy frecuentemente, la ausencia de una documentación suficiente. Desde esta perspectiva, la opción metodológica de Ginzburg, y de otros que siguen su modelo de paradigma, adquiere parte de su sentido. Unas fuentes escasas y sesgadas, en la medida en que las ha generado el poder, otorgan mayor valor a la documentación nominal que habla de la cultura de las clases populares. El problema, que el propio Ginzburg advierte, es cómo remontarse desde información secundaria hasta una realidad más compleja. Si la historia es, por definición, abductiva, la solución es, en este caso, desarrollar más hábilmente ese paradigma indiciario que permite leer, como hacía el cazador, los rastros mudos dejados por la presa hasta formar una secuencia narrativa, una serie coherente de acontecimientos. En este sentido, aquello que más preocupa a Ginzburg es la interpretación de la realidad a través de una cuidada reconstrucción de sus significados y, en ello, llega a la misma preocupación que los antropólogos, aunque por cambios distintos. El etnólogo, como Geertz, sabe que no puede ser observador objetivo de otros pueblos porque él está inmerso en el mismo discurso y por eso enfatiza la naturaleza interpretativa de su conocimiento. Ginzburg también está interesado en descubrir el punto de vista del nativo (antepasado), pero es precisamente la carencia de documentación la que le permite utilizar su modelo conjetural y la que le lleva también a interpretar buscando la narratividad, haciéndonos pensar que estuvimos *allí*.

Ciertamente, este hecho supone una diferencia sustancial respecto a la aproximación microhistórica desarrollada por Grendi. Este, y los que como él centran sus investigaciones en épocas más cercanas a la contemporaneidad, se preocupan sobre todo por la utilización

pólogos estudian las culturas extranjeras». cf. su libro *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, México, 1987, p. 11.

errónea del arsenal de fuentes disponibles. No es extraño, pues, que Grendi haya sido un crítico pertinaz contra los abusos de la documentación serial o que, a la vez, se haya mostrado preocupado por su olvido, por la referencia necesaria al contexto histórico en el que se enmarca la perspectiva microanalítica.

Las diferencias, pues, entre Ginzburg y Grendi son varias y, en algún caso, bastante marcadas. Corno también 10 son las influencias que hacen del uno y del otro dos modelos en ocasiones contrapuestos. Cierto es que esa dualidad es ignorada en aras de la uniformidad en cualquier lugar que no sea el país cisalpino, pero no lo es menos que en éste tal distinción no sólo es asumida historiográficamente sino desmenuzada hasta sus últimos detalles 48. Ya hemos visto que Grendi fue el introductor de Polanyi en Italia y el autor del prefacio a la antología de Thompson que publicó la colección «Microstorie». La trayectoria de Ginzburg también es conocida, y no será necesario insistir en exceso en ella. Nadie desconoce que sus primeros estudios los dedicó a Bloch y que fue él quien prologó la edición italiana de *Los reyes taumaturgos* en 1973, o que fue alumno de Cantimori en la *Ecole Normale*, de modo que, corno señala Fulvio de Giorgi, es el «storico italiano che più oggi si ricollega alla storiografia francese». El propio Ginzburg reconoce en las obras de Bloch y Chabod dos de sus iniciales influencias 49. Sin embargo, tan importante corno *Annales* fue para Ginzburg su estancia en Londres (1964), aunque en este caso el lugar escogido no fue la *London School Of Economics* corno hiciera Grendi, sino *The TVarburg Institute*, dedicado, corno es conocido, a la historia del arte. Este centro, en principio, estaba lejos de 10 que podía significar *Annales* y, más en concreto, la figura de Hloch. Sin embargo, tampoco esta elección de Ginzburg era nueva. De hecho, en 1966 había publicado un artículo sobre dicho centro con ocasión de la aparición en Italia de distintas obras de tres de sus miembros más destacados: A. Warburg, F. Saxl y E. H. Gombrich. De todos ellos, la influencia más destacada ha sido la de este último, cuya

⁴⁸ Esta diferenciación de las dos vías de la microhistoria pueden verse en BANTI, A. M., «La storia...», art. cit., quien da una buena serie de ejemplos de estudios microanalíticos que no se reducen a los que pueda publicar Einaudi o la revista *Quaderni Storici*, y la revista *Meridiana* es un buen ejemplo; DE CLONCI, F., *La storiografia di tendenza marxista e /a storia /oca/e in Ita/ia neL dopoguerra. Cronache*, Milán, 1989, pp. 152-160.

⁴⁹ DE GEORGI, F., *La storiogrofia...*, *op. cit.*, p. 153. Asimismo LUHIA, K., y GAN-DOLFO, R., «Cario Ginzburg...», art. cit., p. 91. También la introducción del propio GINZBURG a *Mili...*, *op. cit.* Para un análisis de estas influencias, véase el artículo de JACONSON SCHUTTE, ANNE, «Cario Ginzburg», *The journa/Of Modern History*, núm. 2, 1976, pp. 296-315.

Art and Illusion, «on a theoretical level, it has been probably the most influential». Finalmente, cabe destacar, dada su preocupación por la cultura popular y el folklore, el interés por los formalistas rusos, especialmente por la obra de Vladimir Propp ⁵⁰.

Todos estos elementos que hemos enumerado conforman un conjunto heterogéneo de influencias a las que, no obstante, Ginzburg ha dotado de homogeneidad e, incluso, de coherencia, cuando ha explicitado su genealogía intelectual. Ahora bien, esa variedad debe entenderse también en función de los distintos problemas o las diferentes evidencias a las que se ha enfrentado en su trabajo. Para él, en la medida en que los problemas sean distintos, las reglas del método histórico deben también adaptarse, «because you have to learn how to handle that different evidence. So you also have to change the standards of prove» ⁵¹. A este eclecticismo explícito nada habría que objetar. Sin embargo, lo que suscita mayor asombro es el intento de Ginzburg de proporcionarle un sentido global y, si se quiere, unívoco: ¿qué cordón umbilical ata a Freud -**tan** «arriesgado» en el desarrollo de interpretaciones no falsables- con Gombrich -**tan** declaradamente «popperiano»-, a éste con Propp -**tan** despreocupado del factor tiempo y de la variación histórica-, y, finalmente, al formalista ruso con Bloch? Quizá, podríamos añadir, aún mayor sorpresa pueda provocar la comparación entre dos de sus libros más celebrados: *Ilformaggio e i vermi* -**un** texto de clara vocación micro- y *Storia notturna* -**a** la que cabría denominar macrohistoria.

Aquello que parece revelar este *continuum* o estas disonancias, al margen de las declaraciones explícitas de su autor, es lo siguiente: más allá de la reivindicación del objeto microhistórico, Ginzburg se preocupa del estudio de la cultura, sobre todo de aquellas manifestaciones que parecen resistir el paso del tiempo o, incluso, que parecen insensibles a los contextos históricos concretos, pero a las que, para revelarlas, es preciso recurrir al ejercicio de la sospecha, a la lectura ginzburguiana. La continuidad extracontextual que hay en la obra ginzburguiana la adquiere al poner en relación las influencias enumeradas. Resulta evidente que este propósito parece estar en contradicción de principio con el fin declarado de los historiadores. Pero

⁵⁰ LURIA, K., y GANDOLFO, R., «Carlo Ginzburg...», art. cit., p. 91. Sobre la figura de GOMBRICH y el instituto Warburg, cf. GOMBRICH, E., y EHBON, D., *Lo que nos cuentan las imágenes*, Madrid, 1992. Asimismo, véase el artículo del propio GINZBURG sobre esta escuela incluido en *Miti...*, op. cit. La principal obra a la que se refiere GINZBURG al señalar la influencia de Vladimir Propp es su *MOjfofogía del cuento*, Madrid, 1981. Véase también MARTIN, J., «Journeys...», art. cit.

⁵¹ LURIA, K., y GANDOLFO, R., «Carlo Ginzburg...», art. cit., p. 104.

no es menos cierto que este tipo de oximoron profesional es perfectamente comprensible en un autor que comenzaba a desarrollar su actividad en los años sesenta, es decir, en un momento en que gracias a Lévi-Strauss, Vladimir Propp llegaba a París y, en definitiva, a Europa. El estudio de la continuidad de las formas culturales, que Ginzburg perfilaría, además, en el *Warburg Institute*, se convertiría en su objeto declarado. Pero la insatisfacción con los procedimientos habituales de la historia de la cultura le permite ir más allá de la lectura tradicional: por debajo de las evidencias -en este caso, los cambios o las variaciones contextuales e históricas- hay una continuidad soterrada que hay que descubrir. Se acerca con ello a una filosofía de la sospecha; se aproxima con ello a un procedimiento que ya habíamos visto prefigurado en Lévi-Strauss. En este caso, la sintonía relativa entre Lévi-Strauss y Ginzburg se aclara parcialmente: su mutua admiración por Freud. Ginzburg lo ha repetido constantemente; Lévi-Strauss lo declaró enfáticamente en *Tristes Trópicos*. Por tanto, es la de Ginzburg, en efecto, una tensión entre morfología -en el sentido de Propp- e historia, entre forma transhistórica y variación histórica. Esto último es precisamente lo que le aproxima de manera polémica a Lévi-Strauss. Por tanto, más allá de las disonancias reales entre los autores mencionados, la línea de continuidad que podríamos proponer es Propp/Lévi-Strauss/Ginzburg⁵².

5. En las páginas precedentes, el lector habrá podido advertir que, a pesar de las apariencias y del éxito conseguido, la microhistoria no se reduce a Ginzburg. Más bien, existe un hiato entre dos modelos diversos sobre los que los protagonistas no suelen extenderse y sobre los que trata de proyectarse una empresa sintética que permita presentar de manera unívoca lo que no siempre comparten los mismos presupuestos. El ejemplo mayor de esta tarea homogeneizadora es, sin duda, la colección mencionada -«Microstorie»-. Gracias a ésta, la vitola de microhistoria se puede utilizar tanto para los libros de Carlo Ginzburg, de Giovanni Levi, de Franco Ramella u otros. Además, eso mismo se complica en la medida en que, en general, el significado de la microhistoria se ha confundido con o se ha derivado

⁵² De hecho, por ejemplo, FRANÇOIS DOSSE sitúa a la microhistoria como derivación de *Annales* y su proyecto etnohistórico a través de LÉVI-STRAUSS: *La historia en migajas*, Valencia, 1988, pp. 180 Y ss. Podría ensayarse igualmente acerca de la relación entre Ginzburg y Foucault, pero esto último nos llevaría por un derrotero que escapa a las intenciones de este artículo. De todos modos, véanse, por ejemplo: MUIH, E., «Introduction...», *are cit.*; SEHNA, J., «La História deis marginats i el sentit comú historiogràfic», *Acàcia*, núm. 3, 1993, pp. 21-39, en especial p. 33-35.

del éxito editorial de algunas de estas obras. Sin embargo, el análisis que hemos llevado a cabo ha intentado delinear dos concepciones de lo que significa la aproximación microanalítica en historia: Ginzburg y Grendi. En todo caso, cabría decir que han existido intentos de ofrecer una posición equidistante dentro de esa dualidad y, sin duda, quien mejor lo ha conseguido en la práctica ha sido Giovanni Levi. Quizá por eso mismo haya sido el primero, aunque en fechas recientes, en ofrecer una aproximación teórica que se pretende sintética de aquello que sea la microhistoria. Nos referimos al capítulo del libro *Nuevas perspectivas en historia*. En este texto, que pretende lanzar una mirada global a la dirección desarrollada por la microhistoria italiana, el autor señala que esta corriente «no posee un cuerpo de ortodoxia establecida», dado que no se basa «en textos o manifiestos teóricos. La microhistoria es por esencia una práctica historiográfica, mientras que sus referencias teóricas son múltiples y, en cierto sentido, eclécticas»⁵³.

Así pues, la tarea de identificar esta corriente historiográfica a partir de unos rasgos comunes es extraordinariamente ardua. Sin embargo, no faltan los intentos de ofrecernos esa caracterización. En el texto citado, Giovanni Levi, por ejemplo, enumera un total de siete rasgos: «la reducción de escala, el debate sobre la racionalidad, el pequeño indicio como paradigma científico, el papel de lo particular (sin oponerse, sin embargo, a lo social), la atención a la recepción y al relato, una definición específica de contexto y el rechazo del relativismo». En una dirección similar se expresaba recientemente James Amelang, para quien la microhistoria italiana se resumiría en seis elementos centrales y recurrentes: la reducción de escala, la preferencia por lo singular o por lo extraordinario, el estudio de la historia social centrada en las clases populares, el análisis basado en el paradigma indiciario, una aproximación transparente al conocimiento histórico (es decir, que exhibe «its research procedures and the coterminous unfolding of analysis up front»), y, finalmente, su predilección por la forma narrativa⁵⁴.

Sin duda, es legítimo dar cuenta global de lo que se entiende como características definitorias de la microhistoria. Sin embargo, parafraseando a Revel, ¿para qué simplificar si podemos hacer las cosas más complejas? Es cierto que todos esos rasgos pueden hallarse de alguna

⁵³ LEVI, G., «Sobre microhistoria», *Taller d'Història*, núm. 1, 1993, pp. 3-12, en concreto p. 3.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 11. Asimismo, AMELANG, J. S., «Microhistory and its Discontents: the View from Spain», comunicación presentada al Congreso Internacional *A Historia a debate*, Santiago, julio 1993, ff. 7-9.

manera en las distintas obras que se reclaman microhistóricas, pero no lo es menos que muchas de ellas también pueden encontrarse en otras que no asumen la etiqueta mencionada. De hecho, el microanálisis, como se sabe, no es patrimonio de la corriente histórica italiana, sino que se comparte por distintas disciplinas que incluso, con anterioridad, lo habían desarrollado: en un caso, institucionalizándolo, es decir, fundando académicamente una rama específica y formalizada de su saber (microeconomía) y haciendo depender de ella el estudio de la toma de decisiones (en el consumidor, por ejemplo) sobre la base de la teoría de la elección racional; en otro caso, convirtiendo el microanálisis en un rasgo nuclear -**la** voluntad de estudiar *en* una aldea megaconceptos o universales- de la disciplina (antropología), al menos en algunas de sus versiones más celebradas (el geertzismo, por ejemplo). En ese sentido, la virtualidad de la microhistoria consiste en haber introducido esa mirada micro -**en** la que habría esa tensión no resuelta entre «formalización» y «voluntad»- en nuestra disciplina y en haber arropado esa aproximación con una metodología consistente pero heterogénea: el objeto puede ser tanto lo excepcional -**que** se desentraña e interpreta a partir del uso sistemático del paradigma indiciario-- como las formas básicas de agregación -**en** cuyo análisis se persigue preferentemente explicar la red de relaciones que la integran.

Sea como fuere, las distintas versiones que podamos hallar de la microhistoria italiana comparten el contexto en el que surgen, y eso es particularmente significativo en relación con el caso español. Ante todo, como nos recordaba Giovanni Levi, la mayor parte de esos historiadores hundían sus raíces en el marxismo, y la microhistoria fue, entre otras cosas, un intento saludable de desembarazarse de las coerciones cognoscitivas y las ineficacias explicativas que la tradición política había impuesto en Italia. Esta corriente nace, pues, simultáneamente a un hecho intelectual sin precedentes: la crisis del marxismo. Pero, a su vez, es una respuesta en el ámbito historiográfico a una constatación cultural-civilizatoria que acontece entre finales de los años setenta y los ochenta: la crisis de la razón. Es éste el momento de surgimiento de la posmodernidad o, como se llamó en Italia, del *pensiero debole*. En ocasiones se ha pretendido identificar la microhistoria con este último. Sin embargo, aquello que comparten es sólo la constatación a la que hacíamos referencia: es decir, la certidumbre de una quiebra de paradigmas tradicionalmente sostenidos para *explicar* desde lo general una realidad que *siempre* es local. Por eso mismo, no extrañará que la difusión mayor del *Spie* de Ginzburg se produzca cuando se publica en el volumen no menos célebre que com-

pila Aldo Gargani: es, en efecto, el punto de no retorno de la transformación que se está operando en el ámbito intelectual italiano. Los historiadores tomarán nota de esa crisis que se proclama, pero tratarán de empeñarse en formular algún nuevo «paradigma» —aunque sea elástico, o metafórico con respecto a Kuhn—, bajo el que integrar sus investigaciones parciales. Con ello marcarán distancias con respecto al heideggerianismo que parece imponerse a partir de la lectura de Vattimo de esa misma crisis de la razón⁵⁵. A su vez, no dejarán de asumir aquello que Ginzburg llamaba una concepción «positivista» de la verdad, aun siendo conscientes de que los procedimientos cognoscitivos del historiador *no* podían ser positivistas, y, por tanto, asumiendo la narratividad del discurso histórico. Ello les impedía caer en una visión meramente retórica de ese mismo discurso al concebir una realidad extraña al texto, como ya vimos. Si eso resultaba evidente en el caso de Ginzburg, aún lo era más en el ejemplo de Grendi, para quien la narratividad histórica no parece preocupar sobremanera, al menos en el mismo grado que al anterior.

El debilitamiento del paradigma marxista en la historiografía italiana a lo largo de los años setenta iba a traer como consecuencias, entre otras, dos hechos, que permitirán comprender también el significado de las microhistorias. Por un lado, la apertura a otras ciencias sociales, especialmente a la antropología; por otro, una renovación de la historia local, alejada del viejo cronismo de campanario. En cierto modo, *Quaderni Storici (delle Marche)* —la revista que, en ocasiones, ha querido verse como el portavoz de la microhistoria— fue, en origen, el ejemplo más sobresaliente de esos cambios que se experimentaban: por un lado, desde el principio, la publicación defendió un análisis interdisciplinar; por otro, la revista se fundaba, entre otras razones, con el objetivo declarado de practicar una nueva historia local. La primera característica nunca se abandonó; en cambio, la propia publicación pronto se desprendió de la atadura geográfica en la que había nacido (Le Marche), emprendiendo con ello una derivación y una trayectoria distintas, sin que, al parecer, la historia local tuviera ya mucho que ver con los hallazgos metodológicos y epistemológicos de los microhistoriadores italianos⁵⁶.

⁵⁵ El libro editado por Aldo Gargani al que nos referimos es el que lleva por título *Crisi della ragione...*, *op. cit.*, cuya referencia completa se da en la nota 39. Gianni Vattimo ha sido uno de los pensadores *deboli* de la Italia de los ochenta, de estirpe heideggeriana, como decíamos. CL el texto «programático» de VATTIMO, G., YHOVATTI, P. A. (eds.), *El pensamiento débil*, Madrid, 1988.

⁵⁶ La evolución de *Quaderni Storici*, como se recordará, se describe en CARACCIOLI, A., «In margine...», art. cit., pp. 155-164. Véase igualmente la descripción «di-

Desde España, la perspectiva ha de ser, por fuerza, diferente. No pretendemos en absoluto hacer una radiografía de lo que aconteció en nuestro caso, sino solamente observar algunas de las disimilitudes que puedan darse en el seno de dos países que han registrado una historia distinta. En este caso, la historiografía española ha debido enfrentarse a un vacío producido por la dictadura franquista, y las soluciones o las respuestas que se han dado han sido tentativas. En ese sentido, aquellas impugnaciones que leíamos de Santos Juliá o de Ricardo Carcía Cárcel, o son injustas o parecen predicar la existencia de una deformidad insuperable. El diagnóstico, a nuestro juicio, está totalmente averiado.

Vayamos por partes. En nuestro país es también constatable desde hace un tiempo una crisis evidente del modelo cognoscitivo marxista, que tanto influyó entre los historiadores antifranquistas. Pero ahí es justamente en donde se halla la diversidad que queremos acen- tuar: mientras en Italia el marxismo constituía una poderosa tradición nacional de pensamiento que se encarnaba principalmente en el gramscismo, en España los intelectuales se las tenían que ver con una dictadura cuya consecuencia más evidente en este terreno había sido el agostamiento cultural y la falta de una completa comunicación con el exterior. De hecho, el marxismo había servido aquí como plataforma de oposición intelectual. Los años del tardofranquismo y los primeros de la transición registraron un crecimiento exponencial de un lenguaje de inspiración marxista. Probablemente, para el caso que nos ocupa, lo más interesante de aquel fenómeno fue la importante resonancia gramsciana de aquel marxismo que se empleaba. La propia coyuntura del momento puede ayudarnos a entenderlo. Por un lado, en 1977 se conmemoraba el cuadragésimo aniversario de la muerte de Antonio Gramsci en las cárceles mussolinianas; por tanto, un hecho de actualidad político-cultural avalaba el interés que podía despertar su obra. Por otro, los partidos de izquierda españoles contemplaban con deseos de emulación lo que se consideraba la fortuna histórica del PCI, el partido de Gramsci y Togliatti: se trataba de una organización política con experiencia de gestión democrática en las administraciones locales (Roma, Bolonia, etc.), con una cultura peculiar que le había supuesto abiertos enfrentamientos con la ortodoxia soviética. En tercer lugar, y en íntima vinculación con lo anterior, dicha organización era deudora del marxismo heterodoxo, democrático y occidental que desarrollara Gramsci en los *Quaderni del carcere*. En definitiva, el marxismo renovado podía ser una de las pla-

taformas de reconstrucción teórica del análisis político e histórico. Pero, insistimos, lo curioso era que se importaba y se desplegaba cuando en otros países -en Italia, por ejemplo-- también aquel marxismo heterodoxo se hallaba en crisis.

Como se sabe, la crisis del marxismo sobrevino asimismo en España, pero en fecha más tardía. Con ello queremos decir que, aun cuando el debilitamiento epistemológico del materialismo histórico era algo que iba más allá de los respectivos marxismos nacionales, en España la propia orfandad teórica del análisis político e histórico prolongó la influencia de aquella corriente y, por tanto, hizo, al final, todavía más aguda la crisis. Así pues, en la medida en que la historiografía española se enfrenta, aunque sea con retraso, a problemas semejantes, y sobre bases también similares, la microhistoria, como ha señalado James Amelang, puede ofrecer un tipo de análisis muy atractivo para nuestros historiadores en tanto proporciona una suerte de transición no excesivamente traumática desde el marxismo hacia otras formas de análisis histórico que no se basen en la mera oposición anti: «microhistory addresses specifically (and sympathetically, I think) what it sees as the insufficiencies of Marxist historiography, the intellectual tradition within which its proponents first developed. That it is appreciative of this tradition's richness and achievements, anxious to disassociate itself from the anti-Marxism in vogue in other circles»⁵⁷.

Por otra parte, también en el caso español, una de las manifestaciones no previstas de la crisis del marxismo ha sido la renovación de la historia local, alejada asimismo de ese cronismo de campanario al que aludíamos. Se trata de una renovación, además, que se ha ve-

⁵⁷ AMELANG, J. S., «Microhistory...», art. cit., p. 11. La disonancia cronológica que se da entre Italia y España en lo que a la crisis del marxismo se refiere resulta evidente si consultamos algunos pronunciamientos de los años setenta que se hicieron célebres en el país cisalpino. En ese sentido, Paolo Macry, procediendo de la izquierda, decía a propósito de Gramsci y la historia de Italia: «si ha l'impressione che dello stesso giudizio gramsciano non si siano cercate (...) troppe verifiche, utilizzandolo come compiuta sistemazione del modello socio-politico italiano piuttosto che come programma di lavoro aperto». CL «Sulla storia sociale dell'Italia liberale: per una ricerca sul "ceto di frontiera"», *Quaderni Storici*, núm. 35, 1977, pp. 521-550, especialmente p. 525. Estos argumentos desarrollaban algunas de las ideas expuestas por ROMANELLI en el número anterior de la citada revista. En definitiva, lo que se proponía era romper las coerciones epistemológicas en las que se hallaba sumida la investigación histórica. De ahí que muchos historiadores de la izquierda vieran con simpatía las nuevas propuestas microhistóricas: «Alle "microanalisi" (...) guardo con simpatia proprio perché vi colgo come una sospensione del giudizio, una presa d'atto dello "smarrimento del senso", che mi pare il primo passo per la riconquista d'una verità». CL HOMANELLI, R., «Storia politica...», art. cit., p. 248.

rificado en la década pasada y que ha ofrecido al panorama historiográfico español algunas de sus mejores obras. Por eso mismo, resultan incomprensibles, poco objetivas y a todas luces injustas algunas de las afirmaciones que hemos reproducido al inicio de este trabajo. ¿De qué hablamos cuando hablamos de historia local? Con toda seguridad, la perspectiva histórica de la contemporaneidad española, entre otras, ha empezado a trazarse en términos más matizados sólo cuando una densa historia local ha puesto en suspenso algunos de los tópicos historiográficos más recurrentes y menos contrastados en los que la historia general se había nutrido. Un solo ejemplo bastará: la mejor historia agraria que se ha realizado en nuestro país es, sin duda, la que componen las investigaciones a escala local. Este argumento podría, sin embargo, impugnarse. Para ello, podrían aportarse otros casos en los que son justamente la escasa calidad de las monografías, fundadas en un localismo heredado de las crónicas, o las legitimaciones particularizantes de las historias autonómicas, los cargos irrebates. Aunque esto sea sólo en parte cierto, la descalificación que implica supone, asimismo, una sinécdoque, y, sólo por ello, una operación injusta. En todo caso, de lo que se trata, como se ha recordado recientemente para la propia historia local italiana, es de aprovechar esas bases que ya existen en aras a consolidar «un mutamento profondo della funzione e dei criteri di utilizzazione della scala locale»⁵⁸.

En ese sentido es en el que hay que entender las propuestas realizadas en España de aproximar la historia local que se ha estado realizando en nuestro país con el modelo de la microhistoria. Se trataría de «un tipo de historia local que se propusiera, como mínimo, relacionar los individuos y los grupos con las estructuras y los procesos sociales. Un tipo de historia local que, de este modo, no se apartaría del marco histórico general de las teorías y de los procesos sociales, sino simplemente de la historia nacional como punto de referencia -lo que determina el tipo de análisis-, sin convertirse a cambio en una suma de historias particulares contrapuestas a una historia nacional»⁵⁹. Desde este punto de vista, las soluciones que el microanálisis de Grendi ha aportado -basada sobre todo en el análisis relacional a pequeña escala- son similares a las que aquí se demandan,

⁵⁸ FAZIO, I., «Piccola scala per capire i mercati», *Meridiana*, núm. 14, 1992, pp. 107-121, en concreto p. 115.

⁵⁹ HUIZ TORRES, P., «Algunas reflexiones sobre el análisis local y la historia», en *Actes del I Congrés Internacionall d'Història Local de Catalunya*, Barcelona, 1993, pp. 57-67, especialmente p. 60. Asimismo, cf. su artículo «Microhistòria i història local», en AA.VV., *L'espai viscut. Col.loqui Internacional d'Història Local*, Valencia, 1989, pp. 71-92.

puesto que su pretensión fundamental, sobre la base de una reducción del objeto, centrado, por ejemplo, en la comunidad, es la de reconstruir la densa red de relaciones que forma ese agregado social sin, a la vez, olvidar el contexto en el que toma sentido. En cambio, el ejemplo de Ginzburg no consiente una traslación tan sencilla, en la medida en que es de las propias virtudes del historiador italiano de las que depende la excelente factura de sus producciones. Es decir, mientras en Grendi hay una reflexión más fría y, por ello, más fácilmente asumible de un procedimiento y de un objeto microhistóricos, en Ginzburg éstos requieren de un factor personal: como ha reconocido el propio Levi, «Carlo Ginzburg es un gran historiador que no pot fer escola, ningú pot fer el que fa ell»⁶⁰. Eso no significa, por contra, que las propuestas de Ginzburg no sean igualmente relevantes para este ámbito de la investigación, o que sean incompatibles. Ahora bien, la virtualidad de sus obras está en el resultado, y éste sólo es posible con su capacidad para manejar la «intuición baja» y para profundizar en la narratividad de su discurso.

Por tanto, de todo lo dicho se infiere que lo local es, en el caso que nos ocupa ahora, más el método, la aproximación microanalítica, que el objetivo, puesto que éste se centra en esa comunidad para descubrir un proceso social complejo que al cabo la trasciende. A su vez, debemos desterrar esa creencia inocente que busca en esta o aquella localidad el modelo a escala del conjunto o que persigue un ámbito reducido como caso de prueba o modelo de un experimento. Es decir, debe evitarse aquello que Geertz llamaba «Jonesville como modelo “microscópico” de los Estados Unidos» y «la isla de Pascua» como «laboratorio natural». La primera tentación denunciada es, dice el antropólogo, un disparate, y la segunda, una falsa analogía. Esta o aquella comunidad se convierten en el objeto de nuestra investigación porque son relevantes en sí mismas y porque aportan algo significativo al conocimiento histórico de una realidad general que se manifiesta a distintos niveles. Podríamos, con las debidas cautelas, asumir la siguiente analogía para los historiadores: como diría Geertz, la apuesta por el microanálisis debe aceptar que «el lugar de estudio no es el objeto de estudio. Los antropólogos no estudian aldeas (tribus, pueblos, vecindarios...); estudian *en* aldeas. Uno puede estudiar diferentes cosas en diferentes lugares, y en localidades confinadas se

⁶⁰ Véase la citada entrevista con Giovanni Levi reproducida en la revista *Mélope*, p. 32.

pueden estudiar mejor algunas cosas (...). Pero esto no significa que sea el lugar lo que uno estudia»⁶¹.

Sea como fuere, el hecho de aproximar nuestra historia local a la microhistoria italiana, o incluso esa actitud voluntarista que lleva en ocasiones a identificarlas, no soluciona el desfase que existe entre la una y la otra. De hecho, los historiadores españoles tenemos mucho que aprender de nuestros colegas italianos, por centrarnos en el caso que nos ocupa y no extendernos a otros países. Además de todo lo que ya hemos ido apuntando, al menos son tres las virtudes que en la microhistoria italiana son frecuentes y que aquí, por contra, no abundan en exceso. En primer lugar, el historiador debe hacer un esfuerzo por hacer efectiva esa interdiscipliniedad que tanto se predica y que tanto se practica. El análisis de la comunidad, que tanto agrada a Grendi, o el de una fuente judicial excepcional, como las que utiliza Ginzburg, sólo es posible desde esa perspectiva. En ese sentido, la antropología ha sido un referente obligado para los microhistoriadores, pero también la sociología o la economía. No debemos, sin embargo, importar teorías para verificarlas en aquel laboratorio «natural» que denunciaba Geertz; debemos, por contra, disolver las perspectivas, multiplicar las lecturas, fundir los enfoques, para así hacer hablar a los contextos. Como diría Thompson, vale la pena arriesgarse en la conexión con otras disciplinas, pero siendo conscientes de que cada nuevo concepto ganado debe ser insertado en el conjunto de significados del contexto histórico específico⁶².

En segundo término, la microhistoria ha desarrollado una preocupación profunda por el manejo de la documentación y el rescate de su significado más profundo. Sin duda, el ejemplo de Ginzburg es una muestra excepcional de lo que se obtiene con un tratamiento fino de las fuentes en el que hay una tensión creadora entre la concepción positivista de la verdad y unos procedimientos que ya no pueden serlo. Finalmente, tampoco entre los historiadores españoles ha abundado una atención reflexiva sobre el propio discurso, entendiendo por tal no sólo el texto final de la monografía, sino también los procedimientos y los recursos -retóricos o de otra índole- que permiten presentar los resultados. Ahora bien, de estos cargos brevemente enumerados a la impugnación avinagrada y sin matices, o a la condena sin paliativos, hay una brecha, la brecha que nos permite confiar en la renovación propia.

⁶¹ GEERTZ, E., *La interpretación...*, op. cit., pp. 33-34.

⁶² THOMPSON, E. P., «L'antropologia...», art. cit., p. 259.